
Juliana
Cartland
UNA
SEGUNDA
OPORTUNIDAD
PARA
GINEBRA
Selecta

Una segunda oportunidad para Ginebra

Juliana Cartland

Selecta

Dedicado a quienes creen que no se dejan caer
y buscan esas segundas oportunidades

Capítulo 1

Inglaterra, 1792

A pesar de ser huérfana desde que era una bebé, la vida de Ginebra en el convento de Santa Catalina no había sido del todo trágica. Allí creció bajo el cuidado —a veces estricto— de la reverenda madre Theresa, la abadesa. Sin embargo, Gini, como la llamaban debido a su nombre tan particular, nunca renegó de la atención y la educación que recibió, por lo que le tenían un especial cariño.

Aunque no conoció a su madre ni tenía idea de quién pudo ser, fue esa misma mujer quien, en la única nota que dejó en la canastilla cuando la abandonó en la puerta del convento, pidió que la llamaran «Ginebra», como su bebida favorita. Aparte de eso, no indicó quién era ni si algún día iba a volver por ella.

Esto solo hizo intuir a la superiora que su madre era una de esas mujeres que disfrutaban de embriagarse, y bien podría tratarse de una de las «trabajadoras» del prostíbulo más famoso de Wakefield. La comunidad religiosa repudiaba ese infame negocio de la venta de placer, causa de que hubiera tantos huérfanos en la zona. Cuando los abandonados eran niños, se los enviaba al monasterio de San

Gillian; cuando eran niñas, terminaban siendo acogidas por el convento, donde se las educaba de acuerdo con las normas religiosas.

No obstante, al llegar a la mayoría de edad, estas debían tomar una decisión: contraer matrimonios arreglados, por lo general con hombres viudos adinerados a quienes les encantaba tener esposas jóvenes, reservadas y sumisas; volverse institutrices o tomar los hábitos. Este era el caso de Ginebra, que estaba por cumplir dieciocho años.

La opción para ella fue el matrimonio. La propuesta llegó de parte del barón lord Foley, lo que la madre superiora se encargó de informarle. La abadesa deseaba que considerara esa oportunidad que, según ella, había buscado especialmente para Ginebra, aunque la joven no conocía en nada la apariencia del caballero.

A lo largo de su estadía en el convento había sido testigo de innumerables matrimonios concertados por la misma abadesa a cambio de «importantes donaciones» que mantenían el funcionamiento del orfanato, permitiendo seguir acogiendo a más huérfanas. Esto constituía un círculo vicioso que involucraba la devoción, la fe, la caridad y, sobre todo, la valiosa *conveniencia*.

Ginebra era consciente de que esa era la parte final de lo que significaba la gran caridad de la superiora. En su interior, anhelaba formar la familia que nunca tuvo, y quizá hacer las cosas mejor de lo que su madre nunca procuró. A esas alturas de su vida, ya no tenía deseos de buscarla, y en su corazón no albergaba ningún resentimiento.

Lejos de anhelar a esa mujer desconocida, había decidido convertirse en una mejor persona.

—¿Estás segura de tu decisión? —le preguntó la hermana Francesca, quien por lo general asumía el papel de madre protectora

y esperaba que, en el fondo, las jóvenes se quedaran y consagraran sus vidas al servicio del Señor.

Al momento de hacerle la pregunta, Ginebra se encontraba también en presencia de la superiora, quien la miraba en silencio, permitiendo que esta respondiera a la última apelación de la hermana Francesca, que era casi tan anciana como la abadesa y, a diferencia de ella, creía que los matrimonios eran un desperdicio de almas serviciales.

—Sí, madre —respondió Ginebra con determinación.

La hermana Francesca la miró, suspirando con un leve atisbo de desilusión.

—Entonces lo has decidido —dijo, y tras despedirse con una reverencia de la abadesa, salió de la oficina a grandes zancadas.

—No te preocupes, ya la conoces. Si fuera por ella, todas envejecerían aquí —comentó la madre superiora una vez que la hermana se fue.

—¿Ella conoce a lord Foley? —preguntó Ginebra, con curiosidad.

—Todas lo conocemos. Es un buen hombre. No te preocupes —respondió la abadesa, sonriéndole.

Ginebra no dudó de ello. Si bien era flexible en cuanto a los arreglos, la abadesa también se aseguraba de que fueran beneficiosos.

—Pero yo no. ¿Cree que le agradaré? —adujo Gini.

—Ningún caballero duda de mi buen criterio, y estoy segura de que te hemos preparado muy bien en lo más importante. Estimo que harás feliz al barón —repuso.

Ginebra sonrió, mostrando una emoción que solo se evidenciaba en su rostro complaciente. No obstante, a pesar de su decisión, era imposible no sentir un cierto temor ante el nuevo futuro que le aguardaba fuera de los muros del convento, el único hogar en el que

había estado.

Lo cierto era que no conocía al señor Foley, pero sí las intenciones disfrazadas de *buenas* oportunidades que muchos de esos hombres escondían bajo la manga. Sin embargo, ella sabía a qué atenerse.

—Así lo haré, reverenda madre —respondió, sintiendo una mezcla de nerviosismo y determinación.

Capítulo 2

—No puedo creer que pronto te irás de aquí, Gini —manifestó Susy, su más entrañable compañera en el orfanato.

Susan había llegado al convento unos meses antes que ella, lo que las hacía bastante afines al tener casi la misma edad.

—Eso creo.

—Debes estar muy emocionada. Siempre has sido la favorita de la madre superiora.

—Eso no es cierto —susurró azorada Ginebra—. Tampoco digas esas cosas en voz alta —la riñó, aunque no con mala intención; luego se arrepintió al ver la cara de congoja de Susy.

—Lo siento, no creo que sea algo malo.

—Lo sé, pero la mayoría piensa así, y no es verdad. La madre Theresa solo hace lo que debe con cada una de nosotras.

—Sí, todas lo sabemos, así que pronto nos llegará también nuestro turno —adujo Susy, sonriendo ampliamente.

—Llegará, no te preocupes —le dijo Gini, acariciando la mejilla de su entrañable amiga, quien destacaba por su piel tan blanca como el nácar y su cabellera pelirroja.

—Solo trato de ser optimista. No soy tan hermosa como tú.

—Es porque no lo necesitas. Tú de verdad eres encantadora y sé

que habrá alguien dispuesto a sacarte de aquí.

—Tienes razón, ya llegará mi momento —admitió Susan con optimismo.

—Deberíamos ir a la cocina o pensarán que nos estamos escapando de nuestra responsabilidad —manifestó Ginebra, mostrando entusiasmo.

—Es cierto.

Susan le sonrió, agarrando su mano para arrastrarla hacia el edificio donde se encontraba la cocina. Como huérfanas, recibían cuidados y atención, pero al igual que muchas de las hermanas del convento, aprendían a desempeñarse en toda clase de quehaceres domésticos. Ella y su inseparable compañera estaban asignadas a ayudar en la cocina y a servir las mesas.

Luego de terminar sus labores, se despidieron de la hermana Reese, a quien llamaban «la gendarme de la cocina», y se fueron a cenar al refectorio. Después, llegó el momento de ir a la abadía a ofrecer sus últimas oraciones antes de ir a dormir.

La petición de Ginebra en ese momento y en sus siguientes rezos no fue para ella, sino para su amiga Susan, a quien le angustiaba dejar sola.

***

Dos semanas después, la noticia de la llegada de lord Foley para recoger a su nueva esposa no se hizo esperar y se regó por todos los rincones y pasillos del convento. Esto siempre era un acontecimiento. Cuando una chica era elegida para contraer nupcias, significaba una nueva oportunidad.

El arribo del barón llenó de nervios a Ginebra, quien, a pesar de ello, poco a poco se había ido acostumbrando a la idea. Sin

embargo, la sensación de vacío que le provocaba tener que separarse para siempre del lugar donde le dieron cobijo comenzó a agrandarse en su pecho y a presionar su estómago con un dolor que se acrecentó con los días.

Lord Foley llegaría en la tarde y, a diferencia de otros casamientos, había pedido que la ceremonia se realizara en su iglesia privada de Sandringham, en Norfolk, donde tenía su residencia permanente. Además, sería una boda privada, dados los antecedentes de la futura novia. La madre superiora, al principio, no estuvo de acuerdo, ya que consideraba que las señoritas debían salir debidamente casadas de su establecimiento religioso; sin embargo, no pudo oponerse a la decisión del barón, puesto que este donó una opulenta dote que hizo imposible decirle que no.

De ahí que él mismo fuera a recogerla para llevársela, o eso esperaban todas, incluido el sacerdote que se había quedado con ganas de oficiar la boda. No obstante, Ginebra no se sentía bien y, dos días atrás, había estado sintiendo agudos dolores en su estómago, además de constantes náuseas y vómitos que la habían ido deshidratando hasta el punto del colapso, razón por la cual la madre superiora le ordenó que descansara y decidió enviar un aviso al barón para advertirlo de la contrariedad. La puerta de su pequeña celda se abrió y Susan entró, llevando una bandeja con la medicina enviada por el herbolario.

—Es una pena que te estés sintiendo mal —le dijo, acercando a ella la taza con la infusión—. Aquí tienes. Necesitas estar bien para cuando llegue el barón —añadió su amiga, ayudándola a incorporarse para que pudiera tomarse la medicina que la haría sentir mejor.

—Gracias —le respondió Ginebra, sonriéndole con el rostro bañado en sudor.

Sin embargo, después de haberla tomado, su mundo pareció dar vueltas. Solo pensó en aguantar y mejorarse pronto, aunque esta idea se desvaneció de su cabeza, como si cayera perdiéndose en una densa y profunda oscuridad.

***

Cuando Ginebra despertó, con el cuerpo adolorido pero con plena conciencia, había transcurrido un día y medio desde su desmayo. Para ella, abrir los ojos significó una victoria, porque no había sucumbido a la muerte, como había temido en sus momentos de extrema debilidad.

Sin embargo, mientras en su semblante se dibujaba una sonrisa alegre y demacrada, esta no era compartida por el médico del pueblo, la monja ayudante de la enfermería y, mucho menos, por la madre superiora, quien la observaba con una expresión tétrica y amargada.

Por dentro, Ginebra pensó que debía verse espantosa, y eso la llevaba a temer que se convertiría en una esposa fea a la que terminaría repudiando lord Foley.

—Yo me repondré, madre. Milord puede estar seguro de ello —dijo con su voz desgastada.

—Nada de eso —respondió la abadesa, poniéndose en pie y haciendo salir a todos.

—Comprendo que esté enojada por enfermarme de repente...

—No es contigo con quien estoy molesta, Ginebra. Es con esa malagradecida —exclamó, y esa insólita expresión sumió a Ginebra en la angustia—. Así que olvida que te casarás con el barón Foley.

—¿A qué se refiere?

—Alguien te ha robado la oportunidad de forma vil, Ginebra. A

eso me refiero —respondió la abadesa, espantándola sobremanera —. Descansa; por lo menos, la hermana Francesca estará feliz de que te quedes a su lado.

Ella no dijo nada ante esa revelación, pero le dolió que se hubiese cancelado el compromiso. O eso era lo que temía en su ignorancia de los hechos, pues nadie se atrevía a decirle la verdad. Así que, por el momento, se resignó.

Dos días después, cuando estuvo convaleciente y logró poner un pie fuera de la litera sin caerse por la debilidad y el mareo, la misma abadesa se lo comunicó. Entonces comprendió la razón por la cual ya no se encontraba su querida Susan en el convento.

Esa verdad rompió su corazón en dos pedazos que se le harían imposibles de juntar.

Capítulo 3

Ginebra estuvo muy aturdida durante varios días luego de recibir la noticia. En su interior seguía preguntándose por qué su entrañable amiga Susy había hecho tal cosa, exponiéndose y defraudando a todos, especialmente a ella.

Se descubrió que su apreciada amiga había estado colocando gotas de aceite de ricino en sus bebidas y comidas, provocándole un malestar que casi la llevó a la muerte. En medio de todo, Ginebra no le guardaba rencor y, al menos, esperaba que fuera feliz.

Durante su convalecencia, Susan aprovechó que lord Foley se había hospedado en su propiedad de Wakefield y lo visitó a escondidas. Le mencionó que su prometida no se encontraba en condiciones de contraer nupcias con él y que la habían mandado en su lugar.

Lo que sucedió después, para que el barón decidiera desposarla, nadie lo sabe. Solo ellos, pues la aceptó sin reparos. Así, ella ya se encontraba viviendo en su mansión, muy lejos de allí.

—¿Todavía sigues pensando en lo mismo, Gini? —le preguntó la hermana Francesca.

Las dos iban en la carreta, y esta guiaba al caballo. Era día de mercado, y le había pedido que la acompañara. Ginebra aceptó.

Había pasado un mes desde aquel incidente, y el mismo tiempo sin salir del convento. Además, la hermana se mostró muy contenta cuando le manifestó su deseo de tomar los hábitos.

Ella no estaba del todo convencida, pero tampoco quería entusiasmarse con un futuro diferente. No tenía nada de qué lamentarse de su vida en el orfanato ni en el convento. Además, no creyó que tuviera una *segunda oportunidad*, y el nombre de Susy jamás volvió a mencionarse junto a posibles nuevas peticiones de enlaces; fue una orden de la madre Theresa que todos cumplieron a rajatabla, no solo por lo que le había hecho, sino por la vergüenza e indignación que había causado en el convento. Ni siquiera ella sabía cómo evitaron que se convirtiera en un escándalo, y tampoco quería preguntar.

—No, hermana Francesca. Solo estoy encantada con el paseo; ya extrañaba tomar un poco de sol.

—En eso estamos de acuerdo, ya casi pareces un fantasma —se burló la mujer mayor, haciéndola reír.

Por lo general, todas le tenían un cierto temor respetuoso por considerarla *demasiado* estricta en su servicio devoto al Señor. Algunas tomaban su legalismo como parte de su fe acérrima y casi ciega.

Ginebra pensaba que les faltaba conocerla bien, pues en el fondo tenía su lado amigable. Ella volvió a reírse con sus palabras, notando que esto la complacía, poniéndola de mejor humor.

Llegaron temprano al mercado, lo que les favoreció para comprar todos los víveres y granos que iban a buscar.

—No te distraigas, Ginebra —le llamó la atención porque se entretenía con facilidad.

Tras terminar de recoger todas las provisiones, dejaron la carreta guardada y se dedicaron a la otra parte de la lista, que consistía en

encargos de la madre superiora en la zona de casas de costura.

Allí se encontraban, y debido a que las indicaciones de la superiora siempre eran estrictas en cuanto a metrajes y medidas, el asunto llevaba algo de tiempo.

—¿Puedo salir un momento? —le preguntó.

Francesca suspiró hondo antes de asentir.

—Ve, pero no te alejes mucho.

—Así lo haré, hermana —dijo Ginebra sonriendo.

Ella, de inmediato, comenzó a caminar, observando las vitrinas de las diferentes tiendas de ropa, hasta que se detuvo frente a una donde estaban exhibidos vestidos de novia. Esa visión le arrugó un poco el corazón, por lo que decidió moverse a la del frente, donde se exponían bonitas y pomposas prendas de vestir.

Wakefield no era una ciudad grande, pero su comercio crecía con los años, modernizándose constantemente. Ginebra se entretuvo frente a una de las vitrinas, observando un hermoso traje de gasa, hasta que se distrajo al escuchar una risa que le pareció familiar.

Caminó hasta la puerta de la tienda, que se abrió en el momento en que la regente despedía a una linda jovencita, ataviada con un vestido de un color rosa fuerte y una inconfundible melena larga y rojiza, acompañada de dos damas que llevaban sus bolsas.

—¿Susan? —preguntó, llamando la atención de la joven cliente, quien, al mirarla, abrió los ojos con horror, como si viese un fantasma.

«Es ella», se dijo Ginebra, que no necesitaba corroborarlo; por más atavíos y arandelas que se pusiera encima, la reconocería en cualquier lado.

Esperó a que le respondiera; sin embargo, esto no ocurrió. La joven no dijo nada y, por el contrario, actuó como si no la hubiera visto, con la misma actitud que la dueña de la tienda, que de

inmediato cerró la puerta con un gesto de desdén. Susan le dio la espalda sin decir una palabra, instando a las dos damas que la acompañaban a apurarse y comenzar a caminar.

Ginebra sabía que también la había reconocido y, por instinto, la siguió, olvidándose de la advertencia de la hermana Francesca de no alejarse.

—¡Susy! —siguió llamándola mientras esta apuraba más el paso.

Casi la perdió cuando doblaron una esquina, y tropezó al perder el equilibrio por la debilidad que aún no había superado, cayendo al pavimento. Ni ella ni sus damas se volvieron en ningún momento para ayudarla, así que se puso en pie con sus rodillas magulladas y siguió persiguiéndolas hasta que las divisó acercándose a la entrada de una enorme mansión.

Ginebra volvió a llamarla con más fuerza, pero solo recibió su mirada de desprecio antes de que entrara cuando un sirviente les abrió el portón, perdiéndose con sus ayudantes en el interior. Ella caminó hasta estar frente a la enorme casa, observando lo grande y bonita que era, pensando que, si Susy no le hubiera hecho aquello, habría sido ella quien estaría entrando por esa puerta.

Se quedó allí, bajo el sol brillante de las diez de la mañana, esperando vislumbrar hacia qué parte de la casa se había dirigido Susy, ya que podía notarlo gracias a los grandes ventanales, pero no la divisó por ningún lado. Entonces se topó con otra mirada que no esperaba ver: la de un caballero junto a la ventana, y luego otro que se asomaba al lado de él, ambos observándola.

Esto, de alguna manera, la hizo ruborizar. En su interior comenzó a preguntarse cuál de los dos era el barón Foley: el mayor o el que parecía más joven, cuya expresión le resultaba demasiado pétrea.

Ser consciente del escrutinio de los dos hombres le provocó un involuntario rubor en las mejillas, y se sintió algo tonta por estar allí,

esperando que Susy se dignara a reconocerla. Imaginó que, por su horrorizada expresión al encontrarse frente a frente en la salida de la tienda, probablemente nunca imaginó que estuviese viva.

—¡Gini! ¿Dónde te habías metido? Llevo un rato buscándote.

La voz de la hermana Francesca irrumpió en su cabeza, apareciendo mientras conducía la carreta en dirección hacia ella. Ginebra reaccionó, corriendo de inmediato a su encuentro.

—Lo siento, hermana, me desvié un poco —dijo, mostrándose culpable cuando subió a su lado en el carro.

Sin embargo, cuando Francesca descubrió hacia dónde había estado mirando, hizo un visible gesto de disgusto y, atizando con fuerza al caballo, se marcharon de allí con mucha premura.

Capítulo 4

—La viste bien, ¿verdad? —comentó lord Foley, quien se hallaba junto a la ventana con su amigo, el duque Dante de Forrester.

Este último había ido de visita para felicitarlo por su boda, ya que era bastante cercano al barón. Sin embargo, su amigo no parecía un recién casado feliz, y su arraigo en el poblado de Wakefield se debía a todo menos a una larga temporada de luna de miel.

Su mirada seguía fija en el punto donde habían visto a la que parecía ser una novicia, cuya mirada angelical se había quedado grabada en su cabeza.

—Vi lo mismo que tú, milord —replicó, volviéndose hacia el barón. Este lanzó una fuerte exhalación.

—La razón por la que te dije que la observaras es porque su apariencia coincide más con la muchacha que se suponía que debía traer a esta casa.

—Pudiste haberte rehusado a aceptarla, pero parece que no tuviste suficiente fuerza de voluntad —adujo el duque, haciendo resoplar al hombre.

—Ya quisiera ser tan frío de corazón como tú, pero soy débil. Sin embargo, no soy tonto y creo que esas monjitas me han visto la cara

—expresó el barón, yendo a sentarse en su butaca. Dante lo miró.

—¿Afirmas que te han timado?

—¡Y en mi buena fe! Pagué suficiente dinero para obtener una buena muchacha, y mira lo que tengo. Una joven que no conoce de austeridad.

El duque resopló ante el colmo de sus palabras.

—La chica murió, ¿no es lo que te dijo tu nueva esposa? —inquirió, haciendo que el barón se sobresaltara y tuviera que recomponerse, pues eso era lo que le había informado la joven.

—Eso dijo —afirmó.

—Hazla llamar —le ordenó el duque.

Este arrugó la frente, pero no dudó en hacerle caso. Hizo sonar su campanilla para convocar a su mayordomo y que este, a su vez, llamara a la nueva baronesa. La chica no tardó en llegar, acompañada de sus dos doncellas, a quienes el barón hizo salir, dejándola frente a ambos.

Dante la miró con atención. Era bastante joven, quizá de la misma edad que la novicia que habían visto parada frente a la casa. No dudó que pudiera haber alguna conexión entre ellas, aunque era poco probable que se refiriera a la que pensaba su amigo, puesto que esta debería estar muerta.

La joven no se movió del lugar en el que se detuvo luego de reverenciarlos a ambos. Mantuvo la cabeza baja, mientras él caminaba a su alrededor con las manos entrelazadas a su espalda, haciendo resonar, con cada paso, el tacón de su bota. Su viejo marido observaba la escena desde su butaca.

—Mentir es una gran transgresión, ¿verdad, milady? —le preguntó, sin perder de vista cómo le temblaban un poco los hombros.

—Así es, milord —respondió ella.

—Lord Foley se siente algo inquieto. Piensa que le has mentido.

—¡Eso nunca, su gracia! —manifestó la chica levantando la mirada. Sus ojos estaban muy abiertos y tenían una expresión casi aterrada—. ¿Por qué mi señor piensa eso? —añadió con la voz trémula.

—Eso es lo que yo quiero saber, si me has mentido de forma descarada —emitió el barón Foley.

—No lo he hecho, lo juro.

—¿Entonces sostienes que la persona que debía estar en tu lugar está muerta? —la interrogó Dante.

Los ojos de la chica se mantuvieron muy abiertos.

—Mi pobre Gini estaba moribunda y, debido a sus síntomas estomacales tan graves, es probable que no haya sobrevivido esa noche —adujo la pequeña baronesa—. Yo solo ocupé su lugar, como se me ordenó. Mi señoría no tuvo ninguna dificultad en aceptarme —añadió con astucia.

Dante no tuvo objeciones en que el argumento de la sustituta no tenía falla alguna; no obstante, no había certeza de que la verdadera baronesa estuviera muerta. Dirigió su mirada al barón Foley, quien mantenía la mirada ensanchada.

—Retírate —le ordenó a la joven, quien, sin demora, agarró sus faldas y salió del salón.

—Tal vez te has dejado engañar, pero ella no miente cuando dice que la aceptaste sin ningún reparo.

—La carne es débil, mi amigo, y por eso no tuve tiempo de objetar —repuso el hombre con irascibilidad, rascándose la cabeza.

—Solo hay una manera de saber si lo que dice es cierto.

—¿Que está muerta? —masculló Foley su pregunta.

—O que ha sobrevivido —agregó el duque.

—Iría con gusto a preguntar yo mismo, pero esa mujer me

correría al instante, debido a las cláusulas del arreglo —manifestó el barón, enfurruñado.

—En ese caso, yo podría hacerlo —se ofreció.

Su interés no radicaba tanto en ayudar a su amigo, sino en volver a ver a la chica. Pocas veces se interesaba en alguna mujer, pero le había picado la curiosidad, sobre todo en aquello de ofrecer segundas oportunidades a las huérfanas a cambio de buenas donaciones. Cuando el barón se quejó de todo lo que había pagado solo para sentirse joven y deseado, no dudaba de que fuera cierto.

Él no iría con propósitos de comprar una esposa, pero sí de indagar más al respecto.

—¿Harías eso por mí, amigo? —le preguntó, colocando el peso de su mano en su hombro.

Dante asintió, aunque no estuviera del todo convencido de sus propias intenciones.

—Cuenta con ello.

—Gracias, porque si descubres que esa chica está viva y que solo han querido verme la cara de tonto, haré que cierren y quemen ese maldito convento —declaró el barón.

Dante supuso que no llegaría a tanto, pero lo conocía lo suficiente como para saber que armaría un buen escándalo que no le convendría a ninguno en particular.

Capítulo 5

Ginebra seguía sin reponerse de lo que había acontecido en el pueblo. Habían pasado tres días, pero en su mente aún resonaba la imagen de aquella a quien había considerado casi una hermana, vestida con ropas pomposas y lujosas, caminando como una gran dama.

No la envidiaba, pues jamás había podido imaginarse una vida llena de fastuosidades, pero sentía el dolor que le causaba el rechazo de Susy al ignorarla de esa forma.

—Espero que no estés perdiendo el tiempo, Ginebra —le cuestionó la madre superiora, sacándola de sus cavilaciones.

Ginebra se encontraba arrodillada, fregando el piso con un trapo húmedo y un cubo de agua jabonosa. Justo le tocaba la limpieza de los pisos en el área del pasillo de las oficinas. Se puso de pie de inmediato, con la cabeza gacha, sin atreverse a mirar a la eminente mujer.

Suspiró en voz baja, porque desde el día en que regresó del mercado, la desazón le oprimía el pecho. Sin embargo, abrió los ojos al descubrir que la superiora no iba sola. A su lado, unas elegantes botas de caballero llamaron su atención.

—No, madre, ya estaba a punto de terminar —respondió sin

levantar la cabeza; no obstante, sintió en su nuca la intensidad de la mirada del acompañante.

—Hazlo, y ve con la hermana Francesca; te anda buscando —añadió la mujer, indicando al hombre que la acompañaba que la siguiera.

Ginebra arrugó la cara, refunfuñando al ver las grandes marcas de las suelas de las botas del caballero, quien, sin haberlo visto, le resultaba intimidante. Con mal humor observó cómo esas huellas se quedaban como una impronta del camino que estaban recorriendo.

Siguió sin levantar la cabeza, pidiendo perdón por las maldiciones que le estaba dirigiendo en silencio porque tendría que volver a limpiar. Se detuvo, con el corazón latiéndole a mil, al notar que él había parado antes de entrar y tal vez estaba mirando en su dirección. Ella se mantuvo en la misma posición rígida, apretando el trapo húmedo en una mano.

Antes de dirigirse a ver a la hermana Francesca, tuvo que limpiar las huellas, restregando el trapo sobre la madera hasta llegar a la puerta donde acababan las grandes pisadas. Se iba a levantar para marcharse, cuando desde el interior escuchó la voz del hombre, grave y firme, traspasando la rústica abertura, mencionando un nombre que la hizo detenerse en seco.

Sabía que era un pecado espiar tras las puertas, pero no pudo contenerse y se quedó allí, escuchando la voz airada de la superiora mencionando algo sobre una gran e injustificada injuria. Su corazón dio un vuelco y se movió rápidamente cuando oyó pasos acercándose al lugar.

Ginebra agarró su cubo y huyó de allí con rapidez.

***

Dos días después de la visita de lord Dante Forrester, a quien algunas chicas del orfanato que lograron verlo lo describieron como un atractivo, enigmático y elegante caballero, fue apodado por la hermana Francesca como «ave de mal agüero». Ese tiempo fue suficiente para que Ginebra se enterara del motivo de su inesperada visita, que terminó revolucionando todo el convento de Santa Catalina.

Según lo que pudo escuchar, él había ido de parte del barón Foley para presentar una querella sobre la adquisición de su nueva esposa, la cual no lo satisfizo, pues no era la que se le había prometido. Esa realidad le formó un nudo en la garganta que aún tenía atragantado, dificultándole el comer, ya que era consciente de las consecuencias que podrían derivarse de las acusaciones del barón, pues su prometida era ella, no Susy, que había usurpado su lugar, envenenándola.

La madre superiora aún no le había dicho nada, pero sabía que era cuestión de tiempo para que la convocara y hablara del asunto.

—Sé que has escuchado algo, pero deja de preocuparte por ello. La única que debe asumir su responsabilidad es esa niña arbitraria que no lo pensó dos veces antes de cometer su fechoría —comentó la hermana Francesca.

Ambas revisaban las cuentas de los gastos del mes para anotarlos en el gran libro donde ella llevaba el control del presupuesto, el cual se encargaba de administrar con el beneplácito de la abadesa. Eso también era algo que la ella le había enseñado desde que la acogió como su pupila, gracias a su gran inteligencia en esta materia.

—¿Qué puede pasarle? —preguntó Ginebra, temerosa.

Francesca detuvo sus anotaciones y levantó la mirada, mostrando algo de recelo.

—Lo que sea que le pase no es tu problema.

—Pero, madre... —quiso protestar, pero se contuvo al ver la severidad en la expresión de la abadesa.

—No se hable más del asunto. Ahora dime cuánto fue la suma —le preguntó, en lugar de reprenderla.

—Dos mil quinientas veintiocho libras —respondió obediente, y la hermana Fran procedió a anotar la cifra.

Ambas continuaron con su labor hasta terminar justo antes de la hora de cenar. La hermana se dirigió con los libros bajo el brazo hacia la oficina de la abadesa, mientras Ginebra se encaminó a su celda para prepararse e ir después al comedor. Sin embargo, al llegar a esa área, alguien la tomó del brazo y la jaló bruscamente contra la pared.

Ella casi gritó, hasta que la persona que la había agarrado le tapó la boca para evitarlo.

—No grites, soy yo, Susy —murmuró la agresora, dejándola espantada y muda.

Capítulo 6

—¿¡Qué crees que estás haciendo aquí!? —inquirió Ginebra en un susurro.

Le apartó las manos sintiendo un gran espanto al verla en el convento. Jamás imaginó que Susan volvería luego de vivir una gran vida como baronesa. Peor aún, comprendía que la única razón de su atrevimiento debía estar relacionada con lo que estaba sucediendo. Aunque no era un asunto de conocimiento general, pues se estaba manejando con cautela, Ginebra sabía que esto tendría consecuencias para ella.

Se serenó un poco, observando cómo, a pesar de la oscuridad, Susan había logrado ingresar y pasar desapercibida. No entendía cómo había conseguido hacerlo sin ser descubierta, por lo que imaginó que buscó la forma de entrar saltando el muro o por alguna vieja grieta.

—Te ruego que no me delates —le rogó Susan.

—Si estás aquí es porque quieres algo de mí.

—¡Así es, Gini! Necesito tu ayuda.

Ginebra lanzó un chasquido de desaprobación. No era habitual que se enojara, y menos con Susan, pero le pareció arrogante que le hablara de ese modo, como si supiera que ella haría cualquier cosa

para apoyarla.

Eso hubiera sido probable antes, cuando pensaba que la conocía y no había descubierto su verdadera y mezquina personalidad.

—Si estuviese muerta, ¿a quién habrías recurrido? ¿A la madre superiora?

—Gin...

—¡Querías matarme para evitarte problemas!, pero no lo lograste —le reprochó, apretando los dientes para no gritarle como se lo merecía.

—¡Eso no es cierto! Sabía que solo te provocaría un pequeño malestar, pero nada tan grave.

—¡No mientas, Susy!

—Gini, no tengo mucho tiempo. Debo regresar antes de que lord Foley me eche en falta en la cama —manifestó con descaro.

—¿Y eso me importa a mí?

—Te importa mucho, ya que de eso depende que este convento siga en pie. Si esto llega a oídos del rey, será un gran problema para tu amada abadesa, porque el clero jamás debe desafiar a la nobleza, y el barón Foley es allegado a Su Majestad —explicó Susan, aumentando la ansiedad en Ginebra.

Ella conocía esa realidad, y comprendía que el hermetismo con el que se trataba el asunto se debía al temor que esto provocaba. Esa fue la razón por la que la intempestiva visita de lord Forrester había sido considerada por la hermana Fran como un mal augurio que fue a quitarles la calma.

Sin embargo, la gente no tardaría en empezar a susurrar si esto se salía de control, y la noticia no demoraría en llegar a oídos peligrosos.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó con enojo.

—Solo un pequeño sacrificio, aunque también será beneficioso

para ti.

La miró con cautela.

—¿De qué hablas?

—Hablo de que debes aceptar la propuesta de lord Forrester.

Ginebra bufó ante la extravagante petición.

—No voy a hacer tal cosa.

—Tú eres el problema, así que necesitas irte de aquí, y él está dispuesto a llevarte con él —repuso Susan.

—¿Y por qué ese lord haría eso?

—Porque se lo he pedido, y ha aceptado —adujo engreída—. Así que mañana vendrá para hablarlo con la vieja abadesa —añadió desdeñosa.

Ginebra sintió que desconocía a la chica con la que estaba hablando. Jamás imaginó que tuviera tales alcances o tal control de manipulación con las personas.

—¿Por qué haría algo que tú le pidieras?

—¿Por qué no? Tengo que reconocer que en eso soy más astuta que tú.

—Susy... —gruñó Ginebra.

—Hazlo, Gini, por el bien de todos. Lejos de aquí, el barón entenderá que ya no existes, y entonces podremos seguir con nuestras vidas y escapar de este horrible lugar. Además, considera que con eso estarás salvando este maldito convento.

—Todo esto es solo por tu bienestar, Susan, pero se te olvida que creciste aquí cuando te abandonaron —arguyó Ginebra.

Susan, temiendo ser descubierta, se alejó justo cuando algunas novicias se acercaban con sus lámparas.

—Hazlo por el bien de todas y yo te estaré muy agradecida por ayudarme a conseguir mi felicidad —añadió.

Se inclinó para besarle una mejilla, bajó la capota sobre su cara

y, escondiendo su rostro, se perdió en la oscuridad de la noche.

—Gini, ¿eres tú? —la llamó una de las novicias, acercándose para alumbrarla con su lámpara.

Las demás también se acercaron, iluminándola, y sorprendidas quizá por su palidez. Le decían que iban a llevarla a la enfermería porque no se veía bien, pero lo que verdaderamente la tenía horrorizada, hasta provocarle náuseas y mucha rabia, era la arrogancia con la que Susan le había hablado.

—No me pasa nada, tranquilas, solo voy a mi habitación —dijo, dirigiéndose a allí.

El hambre se le había quitado de lo encogido que tenía el estómago y, sin embargo, tampoco pudo dormir pensando en la visita que iría en la mañana, si las palabras de Susan eran ciertas.

Capítulo 7

Ginebra no durmió pensando en lo que acontecería al día siguiente, y en si su antes entrañable amiga decía la verdad sobre la propuesta del duque. No obstante, eso lo confirmaría más tarde.

A las diez de la mañana, cuando ella se encontraba en la oficina de la hermana Fran, escribiendo con precisión y esmero lo que esta le dictaba, afianzando su caligrafía, el duque Dante de Forrester llegó al convento y se entrevistó a puerta cerrada con la abadesa.

Treinta minutos después de su arribo, según calculó la monja, la superiora convocó a las personas de su más extrema confianza, entre ellas a su tutora.

—No voy a dejar de repetirlo: ese hombre es un ave de mal agüero —manifestó con fastidio, reafirmando su aseveración.

La mujer se puso en pie, alisando su larga y negra falda, para cumplir el llamado de la abadesa. Desde su lugar, Ginebra la observó caminar a largas zancadas, hasta salir y escucharla como se encontraba en el pasillo con la hermana Stella, cesando de percibir sus voces cuando esta cerró la puerta y la dejó allí confinada.

Lo único que se le ocurrió a Ginebra fue que debía averiguar qué había pasado en esa breve reunión. Tragó con fuerza y, con el pretexto de llevar la lista de gastos a la hermana Reese, salió de la

oficina y caminó en silencio por el largo pasillo que fregaba dos veces a la semana. Como por inercia, recordó los pasos del hombre a quien empezaba a odiar, tras lo que le había aseverado Susan.

Sin embargo, esta vez no se detendría en la puerta para escuchar, pues sería evidente y alguien la descubriría, así que decidió hacerlo a través de la mirilla de la puerta falsa que conectaba con la oficina de la abadesa. Esta daba a un pequeño cuarto de archivos que permanecía solo. Si alguien entraba allí por casualidad, podría decir que había ido a llevar algún registro encomendado por su tutora.

Una vez dentro, cerró la puerta y se acercó a la mirilla, colocando su ojo en el pequeño orificio. Así pudo vislumbrar a las tres mujeres hablando, hasta que escuchó a la hermana Francesca exclamando la palabra «inconcebible». Luego refunfuñó, mirando en su dirección, tanto que Ginebra pensó que la había descubierto y casi se cayó de espaldas al trastabillar. Rápidamente huyó de allí, regresando apresurada a su lugar.

Cuando volvió a la oficina contable, se dio cuenta de que en el camino había perdido la hoja que había llevado en sus manos. Lo siguiente que hizo fue meditar sobre dónde se le había caído. Decidió pensar que había sido en el trayecto, de modo que, si alguien la encontraba, solo la devolvería.

Un rato después, la puerta se abrió, sobresaltándola, y Francesca entró.

—¿Qué escuchaste, Ginebra? —la cuestionó, poniendo ante ella la hoja extraviada.

—No he escuchado nada. Estaba buscando el papel por todas partes. ¿Dónde lo encontró? —comentó para desviar la conversación, aunque supo que era imposible, dado lo perspicaz que era su tutora.

Ella suspiró hondo, derrotada, y tomó asiento en su silla de aprendiz.

—No escuché nada —barbotó con la voz algo trémula.

—No me mientas, Ginebra.

—¡Lo juro! —aseguró, sintiendo que de verdad no le mentía.

La hermana Fran la miró con el ceño fruncido.

—La encontré junto a la puerta falsa. ¿También me juras que no sabes cómo llegó allí?

—Yo de verdad no escuché nada —respondió—, pero sé que el asunto es grave.

—¡Y lo es! —exclamó la mujer, luciendo adusta—. Pero no conseguirá lo que quiere. Ya he hablado con Theresa para que hagamos los preparativos y te mudes al convento de Saint Clements.

—¿Por qué me enviarían allí?

—Porque allí estarás a salvo de las intenciones de ese hombre.

—¿Y cuáles son? —preguntó con curiosidad.

Francesca la miró horrorizada.

—Dime que no quieres saberlas, Ginebra —masculló cada palabra.

Ella entreabrió la boca y luego la cerró. Quería decir que necesitaba saberlo para corroborar lo dicho por Susan, pero entendía que no podía exigirle eso a su superiora. Tragó con fuerza, porque ya había sido demasiado irrespetuosa. Lo lamentó, pues siempre le habían enseñado a callar cuando correspondía, a obedecer y mantener el decoro frente a sus superiores.

Ambas quedaron en silencio, hasta que la hermana Fran lo quebró lanzando una profunda exhalación. Pero justo antes de hablar, tocaron la puerta. Esta se abrió, y era la madre Theresa, a quien Francesca miró con enojo.

—¿Ya se lo mencionaste?

—Ginebra se marchará esta noche al convento de Saint Clements —determinó la mujer, haciendo que la abadesa resoplara.

Esta la miró con el entrecejo fruncido, cuestionándola, y ella solo bajó la mirada. Tampoco quería avergonzar a su tutora. La abadesa suspiró profundamente antes de hablar.

—Su gracia, el duque de Forrester, está interesado en tomarte como esposa, Ginebra —dijo la mujer, provocando un chasquido de lengua en la otra.

—Vamos, Theresa, está en tu poder no concederle su egoísta deseo —protestó Francesca.

—Lo sé, pero estamos entre la espada y la pared gracias a esa muchachita abusiva. Es la mejor salida que puede ofrecernos —expresó la abadesa.

—¡Eso es mentira! —exclamó la otra.

—Sé que tienes un especial interés en cultivar a Ginebra, y no dudo que sea una excelente pupila, pero esta vez tendrás que resignarte.

—Si no hay más remedio —pareció aceptar la hermana Fran—, pero antes Ginebra debería estar de acuerdo —añadió con displicencia.

—Lo estoy —respondió ella, sorprendiéndolas a ambas.

—¡No digas tonterías, Gini! —la reprendió su tutora, dándole la espalda.

En cambio, la abadesa se acercó a ella y le tomó las manos.

—Todas sabemos que la culpable es Susan, pero dadas las circunstancias, lo mejor es que partas con él. Sin embargo, esta vez se hará con todas las garantías. Lo prometo, Ginebra.

—No hablarías de esa manera si no te hubiera convencido con su generosa donación.

—Ya basta, Francesca —la replicó la madre—. Gini no es la única

a la que puedes tomar bajo tu tutela; hay muchas más a quienes les encantaría que les enseñaras. Estoy segura de que estarías feliz de tener tu propia clase de estudios de Economía doméstica —arguyó la abadesa, logrando menguar un poco el enojo de Francesca con esta presunta y repentina proposición.

—¿Solo lo dices para contentarme?

—Por supuesto que no. Así que empieza a prepararte, porque serás una excelente maestra.

Esto último pareció haber aplacado por completo su enojo inicial, y hasta sonrió, aunque luego su expresión se tornó amarga al mirar a Ginebra.

—Espero que en verdad sea una segunda oportunidad para ti, porque si no lo es, puedes volver aquí cuando quieras que te recibiré con los brazos abiertos —adujo la mujer.

Ginebra fue hacia ella y la abrazó, sabiendo que, a pesar de su mal carácter y su expresión siempre ceñuda, le tenía cariño.

—Ven conmigo, Ginebra, tengo algunas cosas de las que hablarte sobre esta nueva oportunidad que te brinda la vida —la apremió la abadesa.

Gini obedeció y, después de despedirse de la hermana Francesca, se fue tras ella, sintiéndose irritada por el hecho de que, en esa parte sobre la proposición, Susan había acertado con creces.

Capítulo 8

Ginebra, hasta ese entonces, no sabía ni tenía indicios de cómo lucía a cabalidad el rostro del hombre con el que se iba a casar. A diferencia de lo que había sentido cuando se le anunció el enlace con el barón, en esta ocasión la sensación era completamente distinta.

Ya fuera por las expectativas más que por la emoción que había experimentado en aquel momento, solo sentía un vacío lleno de incertidumbres.

Por dentro, imaginó que para ese caballero también sería igual, puesto que la abadesa le había advertido que su matrimonio, dado el estatus del duque junto a su falta de apellidos, sería considerado *morganático*. Así, ella no podía esperar mucho de aquel hombre, más que asegurarse de que no le faltara nada y cumplir con lo que se había comprometido.

Lo cierto para ella era que no tenía ninguna aspiración hacia ese lord que había exigido desposarla tal como lo augurara Susan, ya que sus verdaderas razones todavía le eran ocultas, por más que la abadesa le explicara que lo de ella sería un gran sacrificio para salvar el honor y la reputación del convento. En el fondo, sintió que también era un pago por haberla convertido en lo que era, de lo cual

no se arrepentía.

Suspiró con fuerza, pues tres días después de aquella visita, y en vísperas de lo que sería su matrimonio, conocería en su totalidad el rostro del dueño de las grandes y pesadas botas que parecían haber quedado marcadas a fuego en el pasillo.

—Sé que piensas que me han contentado, pero sigo en contra de esta decisión —arguyó la hermana Fran mientras terminaba de arreglarle el velo de encaje que le cubría la cabeza.

Se lo había regalado su tutora, y Ginebra advirtió cómo le temblaban las manos tratando de acomodarlo. Aquello era lo único que llevaba encima y que la hacía ver como una novia, ya que el sencillo vestido que se había puesto era el primero que se colocaba en su vida desde que estaba en el convento.

No era nada parecido a lo que había visto usando a Susan, y mucho menos al traje de novia suntuoso que había observado en la vitrina. Suspiró profundo y bajo. Una de las condiciones que puso la abadesa para aceptar que el duque se la llevara era que ella se encargaría de celebrar su matrimonio, así evitaría que la profanara solo por placer y sin responsabilidad.

Ginebra pensó que hubiese sido mejor la otra opción, porque de esa manera podría escaparse sin remordimientos.

—Sé que no es así, usted es una excelente maestra.

—Vuelve cuando quieras; no pierdas el camino.

Le sonrió.

—Gracias —esbozó ella, y la hermana le besó la frente.

Luego la tomó de la mano y la guio por el pasillo oculto que daba a la pequeña abadía, donde la estarían esperando el capellán —quien, a regañadientes, aceptó bendecir la boda—, la abadesa y, por supuesto, el novio. Mientras avanzaba, fue dejando todo atrás, puesto que no volvería a recorrer aquellos caminos. Una vez que

culminara lo que solo era un formalismo para que quedara constancia, ella partiría de inmediato. Agradeció que no lo haría con él.

Al llegar, vio sus espaldas. Recto y alto como una torre, vistiendo una impoluta levita negra, sombrero de copa y un bastón en su mano, más como adorno que como soporte. Francesca se apartó de ella, quedándose en las bancas de atrás, contemplándola mientras Ginebra continuaba su camino hasta el altar.

Aunque sentía la necesidad de saciar su curiosidad, permaneció mirando al frente, al igual que él, quien en ningún momento la miró; solo se quitó el sombrero cuando el capellán se aclaró la garganta y procedió a leer las ordenanzas. Sin embargo, la madre superiora le hizo un gesto que hizo resoplar al capellán, quien entonces continuó con lo más importante para que pudieran firmar el acta matrimonial, ya que no era una unión por amor, sino por conveniencia.

Cuando llegó su turno de hacerlo y de mirar los nombres y apellidos de su futuro esposo, formando una larga lista de palabras, la realidad de no tener un apellido, cuestión que delataba su orfandad, la golpeó fuerte por primera vez, pero se sacudió y entonces escribió lo único que tenía y que era suyo: su nombre, Ginebra. Solo cuando ella trazaba cada una de las siete letras, notó que él la miraba.

—Está hecho, los declaro marido y mujer —dijo el capellán, sellando la unión sin votos, sin besos y sin ninguna otra cosa de importancia.

Ella vio al caballero alargar la mano y tomar el papel, envolviéndolo en un rollo y guardándolo dentro de su levita.

—El carruaje vendrá a recogerla pronto —advirtió él.

Hasta ese momento, Ginebra no había escuchado su tono de voz, y le resultó apática, grave y demandante. Ella permaneció con

la cerviz baja.

—Todo ya está preparado, milord —avisó la abadesa.

Esperó escucharle decir algo más, pero el duque solo dio media vuelta y salió, dejando atrás el eco de sus pesadas botas. Después de eso, ella lanzó una exhalación, sacando todo el aire retenido en sus pulmones.

—Ya escuchaste, Ginebra, te irás esta misma noche, así que solo recuerda lo que se te enseñó y todo irá bien. Vas a necesitar abrigarte, porque el norte es bastante frío —dijo la mujer.

Ella obedeció y de inmediato se volvió hacia la hermana Fran, que se secaba las lágrimas desde su lugar.

—¿Qué esperas, Ginebra? Ve a prepararte —la apremió.

Ella se quitó el velo y lo colocó sobre sus hombros, y luego se apresuró a volver a su celda para recoger lo poco que tenía. Ya era la hora de cenar, así que todas estarían en el refectorio a la espera de la llegada de la abadesa y la hermana Fran para dar comienzo a la comida, por lo que no había nadie con quien tropezarse en su camino.

Esa noche se iría en silencio, y al día siguiente ya nadie la vería allí. Sin embargo, todas creerían que la habían enviado al monasterio Saint Clements, como había propuesto su tutora. Luego de tener entre sus brazos el pequeño costal con sus únicas pertenencias, se dirigió a la puerta de salida, donde la recogería el carruaje que, como le advirtió el hombre, estaba allí esperándola.

El guarda que custodiaba esa entrada cerró la puerta una vez que ella la atravesó sin decir una palabra, separándose así de su antiguo hogar. Un ayudante del cochero bajó a abrirle la puerta, y cuando iba a subir, se llevó una gran sorpresa. Había un hombre allí dentro y, para su espanto, era el mismísimo duque, sentado junto a la ventana.

Este se volvió hacia ella, dejándola paralizada con su joven y enigmática apariencia, así como con su aprensiva mirada.

Capítulo 9

Dante arqueó una ceja, observando con impaciencia cómo la jovencita que acababa de desposar parecía buscar obstáculos invisibles para no entrar al carruaje.

—¿Pueden ayudarla a subir? —masculló, dirigiendo la orden a uno de los sirvientes.

Notó con sorpresa que ella no esperó a que alguien la ayudara y se apresuró a acomodarse junto a la otra puerta, abrazando un saco sobre su regazo y quedando sentados en diagonal. Esta situación le causó un poco de gracia.

El ayudante cerró la puerta y, de inmediato, comenzaron a arrear los caballos, poniéndose en marcha.

—¿Debo suponer que esas son todas sus pertenencias? —preguntó, intuyéndolo.

—Sí, milord.

Escuchó su respuesta y, aunque no lo miraba, le agradó su vocecita dulce y firme.

—De ahora en adelante, no serán las únicas. Debe estar a la altura del lugar al que nos dirigimos.

—¿Es necesario, su gracia? —preguntó, levantando la cabeza, aún sin mirarle.

—Lo es —acotó para dejar claras sus palabras.

—¿Por qué? Según el acuerdo de matrimonio, estoy despojada de todo derecho —adujo la chica, haciendo que su mirada se ensanchara.

Había esperado encontrarse con una muchacha dócil y sumisa; sin embargo, comenzaba a llevarse una sorpresa. No le desagradaba en absoluto que ella lo mencionara con tanta claridad, pues consideraba que era mejor de ese modo.

Los matrimonios morganáticos buscaban cercenar ambiciones; pero también procuraban proteger, y eso era lo que estaba haciendo con ella.

—No de todo —repuso. Entonces, ella lo miró, hechizándolo con sus hermosos y grandes ojos de un gris cristalino, además de sus mejillas sonrojadas. Luego, volvió a bajarlos, privándolo de la agradable vista. Dante se reconoció a sí mismo que había cometido una locura, pero los antecedentes la hacían válida—. Sabe a qué me refiero, ¿verdad? —añadió, enrojeciéndola aún más.

En el fondo, le divirtió mortificarla; para él, era evidente lo que ella estaba pensando en su inocente cabecita. Pero muy lejos de lo que se imaginaba, no hablaba de los deberes concernientes al lecho conyugal, sino de los que debería afrontar cuando la presentara a su familia como su esposa.

Meditó en que casarse no estaba en sus planes primarios; sin embargo, el matrimonio era una obligación ligada a su título y lo que conllevaba cargar con un apellido tan respetable como el suyo. En parte, casarse de forma tan sorpresiva y apresurada no solo buscaba evitar que su amigo el barón armara un escándalo, sino que él también trataba de provocar uno para acabar con las especulaciones de su madre sobre con quién debía matrimoniar.

No obstante, también era algo de lo que James Foley no debía

enterarse, al menos por el momento, aunque más temprano que tarde eso sucedería.

—Si es lo que desea, milord; sin embargo, espero que no olvide que, aparte de mi nombre, no tengo nada más que ostentar —adujo la chica; su rostro, pálido, pero conservando su entereza.

Dante acarició su barbilla.

—En ese caso, ostentará el mío —repuso con tranquilidad ante la cautelosa mirada que parecía escrutarlo con una férrea expresión de asombro.

Él no apartó la suya, y cada vez se convenció más de que no se había equivocado con su elección. Ginebra lo fascinaba como lo haría la cata de un buen vino amontillado. El carruaje se detuvo, haciendo que ambos miraran por sus respectivas ventanas.

El sirviente descendió, tocó la ventana y le avisó que habían llegado. Dante notó la sorpresa en la mirada de la joven.

—¿Por qué nos detenemos aquí? —preguntó, con un deje de desconcierto en la voz.

—Simple, porque lo que lleva en ese costal no será suficiente, Ginebra Forrester —respondió, notando cómo sus hermosos ojos volvían a ampliarse.

Aunque la reacción le resultaba exigua para lo que se esperaba de una mujer que iba a entrar a una tienda de ropa, en el fondo la disfrutó como si se hubiera tomado el primer sorbo de ese buen vino.

Capítulo 10

Pese a lo que Ginebra interpretó como *mínimas* muestras de amabilidad por parte de lord Forrester, ella continuó teniendo sus reservas. En el fondo, no olvidaba las palabras de Susan, que le sugerían que entre ellos podría existir algún vínculo. Uno todavía desconocido para ella, pero que podía deducir con facilidad.

El hecho de haberse criado en un orfanato dentro de las puertas de un convento no significaba que ignorara el mal comportamiento humano. Eso era algo sobre lo que siempre les advertían, ya que, así como existía la bondad, también había maldad entre hombres y mujeres. Para su desgracia, había tenido que conocer esta última a través de quien consideraba su amiga, alguien que, al igual que ella, había crecido sin nada. Abandonadas, razón por la cual no tenían familia ni apellido. Tampoco era ajena al hecho de que los matrimonios no solo representaban ganancias, sino también oportunidades para conseguir un nombre.

Dante había cumplido esa parte al ofrecerle el suyo; no obstante, sentía que no debía apropiarse de él hasta que confirmara sus sospechas o las desechara.

—Milord, debe usted saber que me honra con su pedido —habló la señora Mansfield, la dueña de la tienda, abriéndoles las puertas

con una reverente inclinación mientras sostenía un candelero.

—Muchas gracias, señora Mansfield, solo recuerde que no tenemos mucho tiempo —advirtió el duque, enfatizando cada palabra.

Ginebra observó como la mujer parecía buscar con la mirada, alumbrando hacia ellos, como si algo se le hubiera perdido algo. Ella recordó el día que se había quedado frente a la puerta de Susan después de haberla visto allí; no la misma donde se encontraban, porque los habían recibido por la puerta posterior de su gran negocio, y con seguridad por pedido del duque.

También evocó en su mente la misma expresión de desdén que había visto en el rostro de la mujer, porque el origen de su vida en el orfanato ya la hacía una chica indeseable. Por esta razón, jamás se había acercado a una tienda, ya que lo primero que le reprocharían era que no poseían ni un penique para pagar un mísero pañuelo.

Lo poco que tenía en prendas, además de sus uniformes, eran trajes de segunda mano, provenientes de donaciones de damas adineradas.

—¿Busca algo, señora Mansfield? —la interpeló el duque.

—Dijo que traería a una dama para probarse los vestidos, pero no veo a ninguna —respondió la mujer.

—Eso es porque la está observando; no tiene que buscar en ningún otro lugar.

La mujer abrió los ojos tanto que parecían querer salírseles, y luego rio con un deje de nerviosismo, reacomodándose el cabello al notar a Ginebra. Ella se mantuvo impertérrita ante la hipocresía en su mirada. Comprendió que no estaba dispuesta a atenderla, al menos no de buena gana.

—Qué despistada soy, debí suponerlo. Siendo así, adelante, no perdamos tiempo; tengo algunos vestidos para mostrarle a la dama

y que de seguro le quedarán muy bien —adujo la mujer, haciendo un llamado a sus criadas para que la ayudaran.

La señora Delfina Mansfield era la costurera más reputada de Wakefield, jactándose de vestir a las damas más destacadas de la región. En su interior, Ginebra se preguntaba si esa había sido la misma reacción que tuvo con Susan, dado que ambas provenían del mismo lugar.

—Vamos —la apremió el duque, y enseguida ingresaron a la trastienda de Mansfield: tienda de ropa para mujeres refinadas.

Ella obedeció, no porque la apurara, sino porque deseaba terminar con aquello. Aunque quería cargar con su costal, él le había obligado a dejarlo en su asiento, por lo que no tenía nada con qué mantener sus manos ocupadas. Una vez que entraron al salón que la dependienta había iluminado, mandó traer los modelos de atuendos para dama que consideraba que encajarían con su sencillo estilo. Sin embargo, Ginebra frunció el ceño al mirar los cuatro vestidos estrafalarios que habían llevado.

Los colores eran estridentes y la sencillez se había limitado a los faldones internos, que eran blancos. Era evidente que lo hacía a propósito, pues nada de eso encajaba con ella, quien había sido enseñada a vestir no solo con pulcritud, sino con recato.

—¿Es lo único que tiene en su almacén? —inquirió el duque.

—Me ha llegado de Londres esta semana; es lo que está de moda. La dama parece algo apagada, y estos le darán mucha más vida.

—No pregunté qué efecto tienen, sino si es lo único que va a ofrecerle a lady Forrester.

—¡Su señoría! —respondió la mujer, alarmada—. Soy una experta en moda; jamás me equivoco en mis apreciaciones. No en vano me he ganado esa fama —añadió.

Ginebra ni siquiera quiso imaginarse cuál habría sido el pretexto que le dio a la señora Mansfield sobre su afinidad para lograr que abriera su tienda a esas horas. No obstante, fuese lo que fuese, ella prefería vestirse con lo que llevaba en su costal que con los trajes estrafalarios que pretendía venderles.

Sabía que mentía porque en su vitrina principal exponía vestidos que incluso a ella le habían llamado la atención.

—¿Por qué no deja que se los pruebe? Verá cómo cambia de opinión y termina dándome la razón —sugirió la mujer, con un deje de perfidia en la voz.

Con la cerviz baja, Ginebra notó la expresión adusta en el rostro de lord Forrester. Deseó pensar lo contrario, pero tuvo que aceptar que él parecía coincidir en algún punto con ella.

—No será necesario. Si es lo único que tiene para ofrecer a una dama, debería hacer un nuevo encargo de ropa. Nos retiramos —sentenció él, provocando que la mujer se crispara, pero se contuvo de explotar entrelazando los dedos y forzando una apretada sonrisa.

Cuando finalmente iba a hablar, lord Dante levantó la mano, acallando cualquier réplica desdeñosa que quisiera hacer. De inmediato la miró, haciéndole una señal para salir rápido de allí, y la hizo subir al coche con premura, pidiendo a sus lacayos que se pusieran en marcha.

El carruaje comenzó a avanzar con prisas mientras ambos volvieron a ocupar sus posiciones opuestas, uno en cada extremo.

—Lo ve, nadie en su sano juicio querría involucrarse con una huérfana. —Rompió el tenso silencio que, de nuevo, se había instalado entre ellos, apenas estorbado por el galopar de los caballos —. ¿No se arrepiente?

Lo miró solo un segundo, antes de volver a fijar la vista en la noche oscura que los acompañaba a lo largo del camino.

—¿De qué debería arrepentirme, lady Ginebra? —preguntó, haciéndola resoplar por lo bajo, ya que volvía a llamarla de ese modo, pero su voz grave y profunda se sentía como un roce que acariciaba su nuca.

—De casarse conmigo —continuó ella, mirándolo con intensidad, encontrándose con aquellos ojos que parecían no haber dejado de observarla en ningún momento.

Tragó con fuerza.

—De ningún modo. Tal vez las circunstancias hagan ver mi elección como algo arbitrario; no obstante, no lo es en absoluto. Y respecto a lo sucedido con esa mujer, erré al pensar que sería la adecuada para vestirla.

—Dijo que necesitaba color —replicó.

—Yo ya veo bastante en las mejillas de mi bella esposa —agregó el duque.

Ginebra no supo qué rebatir y decidió no hacerlo, ya que el ardiente rubor que empezaba a impregnar su rostro era evidente, para beneplácito de lord Forrester, quien le sonrió complacido.

Capítulo 11

Ginebra lo miró con cautela y, tras un breve silencio, volvió a abrazar su costal, escondiendo de él un rostro que seguía ardiéndole. Intentó serenarse para que sus palabras no la afectaran, y no lo consiguió, pues en medio de sus dudas, lord Dante lograba inquietarla.

Poco a poco se fue quedando dormida, tal vez debido al cansancio acumulado de los últimos días, que le había impedido reposar bien. Luchó para no mostrarse descortés, y al final se rindió.

No supo cuánto tiempo pasó acostada, pero al despertar se sobresaltó al darse cuenta de que se había acomodado en el regazo del duque. Esto la hizo incorporarse de un salto, enderezando su espalda como una vara.

—L-lo lamento —balbuceó, sintiéndose avergonzada.

Además, ya no estaban sentados en cada extremo del estrecho carruaje, sino lado a lado. Ella se llevó la mano a la boca, notando que tenía un poco de saliva, y él de inmediato le extendió un pañuelo.

No quiso agarrarlo, pero el duque se había asegurado de colocar su costal en el lugar de antes. Finalmente, lo aceptó por su insistencia y se limpió un poco.

—Temí que te cayeras; además, es bastante incómodo dormir en este carruaje.

—No quise quedarme dormida —murmuró, apretando la suave prenda.

—No te estoy reclamando por ello; tampoco me molestó hacerlo.

Ella lo miró de reojo, frunciendo el ceño, luego se alejó un poco creando distancia entre ambos.

—Gracias —dijo, y él le sonrió de manera contenida—. Su señoría también debería descansar.

—Lo haremos, pero en un lugar más confortable —agregó, haciendo que ella abriera los ojos como platos—. El viaje hacia Lancashire es bastante largo y no lo completaremos en una noche, por lo que nos quedaremos en Barley, en casa de una familiar, y retomaremos el camino desde allí hasta el valle de Ribble —añadió, provocando que ella tragara con fuerza.

Ginebra no formuló pregunta alguna sobre lo que quería decir, por lo que no dudó de que con eso él se refería a la obligada noche de bodas que por las prisas aún no se había efectuado. Decidió pensar que no sería muy diferente de lo que significaba la consagración en cuerpo y alma al Señor, como había aprendido en las primeras lecciones de su iniciación como novicia, recordando algo que le había mencionado de manera escueta la hermana Francesca. Aunque en el fondo, quizá ninguno de los dos actos de *entrega* tuviera relación alguna.

Tras su anuncio, el carruaje se detuvo en una hostelería, pero no era el lugar que le había indicado para quedarse. Allí solo se detuvieron para desayunar y alimentar a los caballos, dándoles un momento de descanso. Retomaron el camino después de aprovisionarse y no pararon de nuevo hasta cruzar el puente de Hebden y llegar a una maravillosa villa en las afueras de Barley.

Ginebra agarró su particular equipaje, y él se lo quitó raudo de la mano haciéndole entrecerrar la mirada. No insistió en recuperarlo, aunque siguió refunfuñando.

En la entrada principal de la suntuosa villa, los aguardaba una mujer de mediana edad que recibió al duque con una gran sonrisa, acompañada de varios criados.

—Pensé que no te encontrabas en casa —le dijo el duque al acercarse a saludarla, quitándose el sombrero.

—¿Y perderme esta grata sorpresa? —respondió la mujer, ampliando su sonrisa.

Ginebra se quedó a su espalda, pero él se hizo a un lado, dejándola al descubierto y permitiendo que la conociera.

—Milady, ella es mi prima, lady Carlota, viuda de Finch —la presentó Dante.

—Es un gusto conocerla, lady Forrester —expresó lady Carlota, tomando sus manos—. Espero que se sienta a gusto en esta humilde casa.

Ginebra quiso pensar que lo decía en tono de broma, porque lejos de ser modesta, la villa, aunque ubicada en una zona rural, le parecía fastuosa y de gran tamaño.

—Gracias, milady —respondió a la mujer, devolviendo la amabilidad que les ofrecía al recibirlos.

Ella deseó pedirle su saco, pero Dante le susurró algo al oído a su prima y luego le entregó el objeto, que Ginebra miró, con zozobra, cómo se lo llevaba. Aquella se despidió de ambos, asegurándoles que todo estaba preparado en la habitación y que la cena sería a las ocho.

—Vamos, Ginebra —la instó.

Al ver que no se movía, la tomó de la mano y la arrastró consigo.

—Mis cosas, las necesito.

—Ya las tendrás de vuelta —le dijo, y no se detuvo hasta llegar a la puerta.

Él la abrió y le indicó que entrara. Ella lo hizo a regañadientes, y cuando pensó que también él lo haría, se quedó fuera.

—¿Milord? —una criada apareció en el pasillo cargando una bonita valija—, milady se la envía —indicó la mujer con una reverencia, entregándosela.

Lord Forrester le agradeció con un gesto y, tomando la maleta, se la dio a ella. Ginebra alzó las cejas, bastante confundida.

—Es mejor que llevar ese feo costal. Si le tienes mucho cariño, Carlota lo ha dejado dentro —dijo él, muy a gusto.

—Pero...

—Es un regalo —declaró, inclinándose para acallar su réplica, poniendo un dedo sobre sus labios, haciéndola estremecer.

Inmediatamente se retiró, dejándola en manos de la criada para que la ayudara a asearse y prepararse para la cena, algo que ella nunca había necesitado hacer porque había aprendido a hacerlo todo por sí sola.

En el fondo el gesto la hizo sonreír y, de alguna manera, sentirse un poco importante, aunque quizá no lo fuera tanto.

Capítulo 12

Mientras Ginebra se encontraba en la habitación, preparándose con los regalos que le había preparado Carlota para bajar a la cena, Dante enfrentaba un interrogatorio por parte de esta. Había asumido que eso sucedería al escribirle para solicitar alojamiento en su villa mientras retomaban el camino hasta Lancashire, lo que era poco probable que escapara a su escrutinio, en especial al mencionar que llevaría *compañía*, aunque los detalles faltantes se los estaba entregando personalmente en ese momento.

—¿Así que esa jovencita es tu nueva esposa? —lo increpó, enfatizando las dos últimas palabras.

Dante conocía muy bien el motivo de su actitud; sin embargo, había llegado el momento de reconocer que nunca pensó en volver a tener una «nueva esposa», y menos tan joven como Ginebra. Debía admitir que ella lo había hechizado con su belleza y juventud, y, a pesar de estar cerca de cumplir los treinta y cinco, no consideraba que fuera tan viejo como para parecer su padre.

—Así es —admitió, provocando que su prima lo mirara con sorpresa y cautela.

—¿Dime que reconoces que este matrimonio improvisado es toda una locura? —manifestó Carlota.

Él lanzó una honda exhalación antes de contestar.

—Es lo que es —respondió escueto, relajándose en el sillón cuando ella le entregó una copa de borgoña.

Su prima tomó asiento con la suya en la mano sin cambiar su expresión. No era extraño para él que lo mirara de ese modo; aunque en el fondo, más que una locura, lo consideraría un capricho dominante. Aquello lo incitó a no permitir que su amigo Foley intentara corregir su error: en el fondo, creía que ella no era la culpable de las ambiciones de la otra chica. Tampoco estaba dispuesto a que él le pusiera un dedo encima.

Su amigo había insistido tanto en que lo acompañara en su nueva aventura matrimonial que no pudo negarse; sin embargo, cuando conoció a la muchacha, quien lo primero que hizo fue asegurarse de meterse en su cama, le hizo pensar que era la indicada para él. Pero su astucia no sería impedimento para que él la desechara y exigiera que se le entregara a alguien mejor. Por eso, en parte, festejó que la chica tuviera tus artimañas para evitarlo.

Eso sería algo que no haría Ginebra, lo intuía; a pesar de su carácter firme, su aparente docilidad podría jugarle en contra y hacer que terminara obedeciendo cualquier barbaridad que se le ocurriera a su amigo el barón, conocido por desvirgar jovencitas, de las que, una vez cumplido su cometido, solía aburrirse y marchar en busca de la siguiente.

Pensando en ello, auguró que tarde o temprano se desharía de esa muchacha, Susan, y no dudaba que en unos meses le comunicaría su decisión por carta.

—Bien —dijo, suspirando profundo antes de beber su siguiente sorbo—. Te conozco, y sé que solo lo haces para llevar la contraria a la familia, pero ya presiento el grito que emitirán todos al enterarse de que has elegido a esa niña —añadió al acabarse su copa.

—No es una niña —recalcó él.

—Dios, parece que apenas ha dejado de orinar la cama.

—¡Qué diantres! Deja de decir tonterías, es asqueroso.

Dante resopló ante esa absurda idea. Tampoco quería ni imaginarlo; además, tenía claro que su dulce Ginebra, aunque pudiera parecer una niña, había cumplido la mayoría de edad hacía dos semanas, y hacía dos meses que ya era capaz de concebir; por lo tanto, no podía considerarla de ese modo, aunque sí la veía inmadura por haber vivido toda su vida encerrada en un convento.

Pero eso era lo que menos le preocupaba en ese momento; tampoco quería agobiarla pronto con lo que a él le resultaba trivial.

—Me pregunto si siquiera sabe lo que le espera.

—Esa será mi responsabilidad, así que no te preocupes —adujo, manteniendo su posición.

Su prima suspiró de nuevo, con un toque de disgusto, pero luego de mirarlo por un breve instante, suavizó su enojo hasta sonreír.

—Bueno, en medio de todo, me alegra que hayas decidido casarte, después de lo de Juliet —repuso, causándole un vuelco en el pecho—. No lo digo para torturarte, porque es loable que al fin hayas comprendido que no se enojará si decides rehacer tu vida con otra mujer. Eso es lo que ella hubiese querido.

—¿Puedes no hablar de ella? —sugirió, aunque esta vez la mención de ese nombre no le resultó tan dolorosa.

—No, porque la única bondadosa en su familia era ella, y sabes bien que sus padres no verán con buenos ojos que te hayas casado sin consultarles, cuando seguramente tendrían planes de casarte con su hija menor.

Dante volvió a resoplar ante esa idea. Sabía a quién se refería, pero no tenía ninguna intención de complacerlos, ni siquiera en memoria de su difunta esposa.

—Hablas como si todavía tuviese que rendirles cuentas —se quejó.

—¿Y no ha sido así todo este tiempo, Dante? Ellos creen que les debes algo por la prematura muerte de su hija.

—¿Puedes detenerte con tus insinuaciones?

—Lo haré cuando decidas poner todo en orden y echar a esa familia de tus terrenos, puesto que te casaste con Juliet, no con sus padres. Ya no tienes por qué seguir manteniéndolos.

—No he sido yo quien los ha aguantado allí, es mi madre. Ella la apreciaba tanto como a una hija.

—Entonces cuida bien de esa jovencita, porque todos, incluida tu madre, le harán la vida muy difícil.

—No necesitas decírmelo; me haré cargo de Ginebra, tenlo por seguro —alegó, reafirmándose en la decisión que había tomado.

—De acuerdo, y también ten por seguro que me encargaré de velar por ello, porque créeme que se convertirá en un trago bastante amargo y difícil de digerir para algunos —aseveró su prima con una sonrisita, levantándose.

Dante arrugó la cara, pero al final terminó sonriendo a regañadientes, admitiendo que casarse con ella, en el fondo, tenía algo de la locura que produce el embriagarse con una buena bebida.

Capítulo 13

Ginebra no dejó de sentirse abrumada por el trato especial que estaba recibiendo, siendo ayudada hasta con el más mínimo pedido. Como le había advertido Dante, su viejo costal con sus pocas pertenencias se encontraba intacto dentro de la elegante valija, algo que la hacía ver como una insulsa caprichosa por preferir continuar cargándolo todo en semejante despropósito, teniendo un equipaje nuevo y más acorde a su reciente estado.

Suspiró con fuerza antes de decidir guardar todo en la valija, pero ni siquiera tuvo que hacerlo porque las dos criadas que estaban atendiéndola dijeron, muy serviciales, que se encargarían de ayudarla a acomodar todo con mucho cuidado. Quiso reírse, pero se contuvo haciéndolo solo para sus adentros, pues ella bien podría meter todo allí hasta con una sola mano.

—Su excelencia y milady la esperan en la mesa del comedor —le anunció una de ellas, haciéndola suspirar de nuevo.

Asintió porque no se podía quedar allí por siempre y ya estaba siendo descortés al hacerlos esperar. Una de las criadas la guio hasta el comedor mientras ella trataba de acomodarse a su nuevo atuendo. Llevaba puesto un bonito traje verde de los tres que le había obsequiado lady Carlota y que le quedaba un poco grande,

dada la diferencia de altura con la antigua dueña. Pese a ello, le pareció mejor y más bonito que el que le ofreció la mujer de la tienda.

Era un vestido de muselina, sin escote y de mangas largas, que la hacían ver un poco más adulta, pero también conforme consigo misma. En el fondo no tenía interés de mostrarse diferente, y todavía no era consciente de si el duque vio en ella algún rastro de belleza que llamara su atención. Ese pensamiento la sonrojó porque no era ajena al atractivo del hombre, e incluso la hacía sudar cuando estaba cerca.

Tragó con fuerza cuando la criada anunció su llegada al comedor y tanto Carlota como Dante se pusieron en pie. La primera, para aplaudirla, admirando cómo se veía; y el segundo, para guiarla hasta su silla.

—Lamento la demora —dijo, retrayéndose un poco.

—Tranquila, querida, a veces vale la pena hacerse esperar —adujo la mujer, sonriéndole con algo de complicidad.

Ginebra asintió a ese gesto con su cabeza.

—Gracias por los vestidos y la maleta, milady —le respondió, y esta se la quedó mirando.

—No tienes que hacerlo, ni siquiera son regalos a la altura, pero me aseguraré de compensarlo cuando te lleve de compras. Y espero poder hacerlo antes de que se marchen.

—N-no es necesario —adujo ella sorprendida, posando su mirada en Dante, quien no dejaba de observarla.

—Estoy de acuerdo en que lady Carlota te asesorará mejor en ese aspecto —repuso él, y ella medio sonrió.

—¿Entonces podré hacerlo, querido primo?

—Puedes hacerlo mañana, partiremos en la tarde.

—Perfecto, enviaré una nota a mi modista para que nos atienda

a primera hora —festejó la mujer.

Ginebra no supo si debía hacerlo. Tenía claro que no podía actuar a su antojo.

—Antes, me gustaría saber si milady tiene alguna objeción —se dirigió hacia ella, exaltándola un poco.

Se aclaró la garganta, y luego tragó con fuerza antes de hablar.

—Si mi lord lo concede, estará bien —contestó con su vocecita baja.

—De acuerdo, así se hará —declaró Dante.

Su prima Carlota rio de alegría, como si se tratara de una gran ocasión, y luego pidió que sirvieran la cena. De inmediato fue llevada por tres criados en una lujosa vajilla, destapando una fuente con sopa humeante y que despedía un olor apetitoso, con la que procedieron a llenar su cuenco de loza fina.

—Adelante —le dijo lord Dante, sacándola de sus cavilaciones sobre lo copioso que lucía su plato y lo que quedaba por servir en la mesa—, ¿algún problema con el consomé? —preguntó despabilándola.

—No, milord, es que todavía no me acostumbro a ver demasiada comida junta —respondió algo trémula, apretando con fuerza la cuchara que había agarrado.

Esto hizo carcajear a lady Finch, sorprendiendo a Ginebra, quien, pese a su sincera respuesta, no pudo evitar llenarse de rubor. Sin embargo, no podía mentir puesto que, en el convento, los manjares estaban destinados para las fechas especiales, aunque solo participaban de ellos quienes tenían cargos superiores, además de los invitados.

Esto era algo de lo que tenía buen conocimiento desde que entrara al servicio de la cocina. La última vez que vio un banquete así fue en la visita del arzobispo de York.

—Si te resulta demasiado, come solo lo que desees —adujo Dante, a quien observó al levantar su mirada.

Quería replicar, pero no tuvo nada que objetar a sus palabras. Asintió probando la primera cucharada, puesto que Carlota no dejaba de reparar en ella con diversión. Eso en el fondo la enojaba, pero se serenó al descubrir que era la sopa más deliciosa que había probado en su vida, y tal vez su expresión la delataba.

Dante y lady Finch se habían quedado observándola con mucha atención.

Capítulo 14

Después de la cena, Ginebra habría esperado que el duque reclamara sus derechos sobre ella. Eso no sucedió, y pese a la incertidumbre de que apareciera en la habitación en cualquier momento, terminó durmiendo plácidamente, tal vez debido al cansancio de todo el sobresalto de los últimos días.

Se despertó muy temprano, y antes de que diera el primer bostezo, ya había alguien tocando su puerta para ir a ayudarla. Como lo había permitido el duque, ella iría de compras con lady Carlota Finch. Luego de comer como un pajarito del copioso desayuno que se sirvió en la terraza, las dos subieron al carruaje y se dirigieron al centro de la ciudad para visitar la *boutique* favorita de Carlota.

—Seguro que tengo los modelos perfectos para la joven dama, milady —dijo la dueña de la tienda, la señora Jones, juntando sus manos. Muy alegre, fue a buscar una revista de muestras de vestidos para que Ginebra escogiera a su gusto.

Eso había pedido lady Finch una vez que llegaron y luego del recibimiento y los saludos. Ginebra había estado un poco confundida porque imaginó que sería igual que en la tienda de la señora Mansfield, quien había alardeado de ser una experta en moda y al

final solo eligió lo que consideró apropiado, y que a ella le resultó espantoso.

Al ser criada en un convento, todo esto era nuevo para sí, por lo que tenía que empezar a descubrir su propio estilo, y uno que no avergonzara al duque. La señora Jones volvió con varias revistas que entregó a Carlota, y esta la instó para que las mirara y eligiera los modelos que más le agradaran.

—No te contengas, mi querido primo ha dicho que puedes escoger todo lo que gustes —le dijo encantada.

Este trato tan amable la abrumaba en el fondo; no obstante, empezaba a ver a lady Finch como alguien que no la demeritaba y la trataba como igual, a pesar de sus orígenes, los cuales imaginó que no le eran para nada ocultos.

Ella asintió, porque de todos modos no podía rehusarse y, en medio de todo, tenía que empezar a asimilar y acomodarse a su nueva situación, en la que había dejado de ser una huérfana, se había casado y por primera vez llevaba un apellido, aunque este fuese prestado. Fue así como, con la guía de las dos mujeres, se pasaron el resto de la mañana escogiendo modelos de vestidos: telas de gasa, muselinas, sedas y encajes de suave terciopelo.

De inmediato le tomaron las medidas para completar su primer guardarropa mucho más acorde a ella y a su edad. El vestuario, ya confeccionado, llegaría unos meses después a su nueva residencia.

—Si hay algo que desees cambiar, puedes decírmelo y se lo informo a la señora Jones —mencionó Carlota, mientras se abanicaba.

—¡No es necesario! —exclamó Ginebra sacudiendo sus manos.

Luego del ajetreo en la tienda de ropa y la de bisutería a la que la llevara lady Finch, decidieron tomar un descanso en la famosa sala de té del distrito de Pendleton, Cabinet, donde disfrutaron de un

delicioso té frío para atenuar el calor del sol de verano que arreciaba en las calles.

—¿Estás segura?

—Lo estoy.

Ginebra abrió sus grandes ojos, corroborando lo persuasiva que era la prima de su marido el duque, pero lejos de incomodarla, su trato le resultaba novedoso.

—Ya te dije que Dante no es tacaño, así que deberías aprovechar.

—Nunca he hecho eso —adujo retrayéndose.

—No te preocupes, te puedo enseñar —repuso la mujer con una carcajada que espantó a Ginebra.

—Yo no podría...

—Sí puedes, porque en el lugar al que vas, necesitarás mostrarte fuerte. La familia de Dante es un poco de temer.

—Es normal, ni siquiera estoy a su altura —emitió, bajando su cabeza y fijando su mirada en el líquido oscuro de su té.

Lady Finch puso su mano en su mentón, haciendo que levantara su rostro.

—Eso es lo de menos. Dante te escogió para convertirte en su duquesa y eso es lo único que debe importarte. Además, estoy segura de que lo harás bien.

—¿Cómo sabe eso? Apenas me conoce.

—Tal vez, pero eres tan transparente que es difícil no deducirlo —adujo Carlota sonriéndole.

Ginebra terminó sonriendo también, aunque no estaba segura si eso debiera hacerle gracia. Estaban a mitad de camino, y el siguiente recorrido los llevaría a su destino final, uno que la atemorizaba un poco. Meditó en que lady Finch tenía razón y, al igual que en el convento, daría lo mejor de sí para estar a la altura

de todo lo que se le presentara de allí en adelante.

Después del té, volvieron a la villa, donde Dante las esperaba. Ella pensó que repararía con molestia en todas las bolsas que habían bajado del carruaje con todo lo que le habían comprado, pero él no dijo nada y pareció a gusto. Luego de ello y al caer la tarde, subieron todo al carruaje para continuar el viaje hasta Preston, siguiendo el frondoso estuario del río Ribble.

A diferencia de cuando comenzaron el viaje, esta vez su penoso costal se había transformado en un opulento y lujoso equipaje, e incluso ella se sentía diferente luego de que Carlota le enseñara unos pequeños trucos de maquillaje para exaltar su belleza, algo que no consideraba que tuviera, pero la idea de que así fuera la hacía sonreír.

Capítulo 15

Después de dos días más de viaje, el carruaje finalmente se detuvo frente a la imponente entrada de la propiedad de los Forrester, en el pueblo de Downham. Un súbito nerviosismo se apoderó de Ginebra; la estancia en la villa de lady Finch había sido para ella como pernoctar en un *remanso* de paz antes de tener que enfrentarse, cara a cara, a su nueva realidad.

Se armó de valor y aceptó la mano que Dante le ofrecía, justo antes de que él decidiera, por la fuerza de su impaciencia, sacarla en brazos. Se enderezó en cuanto estuvo a su lado, agradeciendo en su interior que él no la soltara. El duque se ladeó para observarla y ella se encogió un poco, invadida por la vergüenza.

—Levanta la mirada, Ginebra. Espero que la finca sea de tu agrado —mencionó él, mientras los sirvientes y los inquilinos de la casa se aproximaban para recibirlos.

No creyó que fueran necesarias sus palabras, pero le dieron el coraje necesario para alzar la vista.

—¡Hijo querido! —exclamó una mujer mayor, abriéndose paso entre la servidumbre. Le tomó las manos y lo besó en ambas mejillas—. Te esperábamos hace días.

La mujer no dejaba de sonreírle. Por su familiaridad y el evidente

parentesco físico, Ginebra dedujo que se trataba de su madre.

—Madre, espero que no estés haciendo esto a propósito —manifestó Dante, interrumpiendo sus halagos para señalar a Ginebra —. No he regresado solo; he traído a mi esposa conmigo.

—Querrás decir a la *nueva* —adujo la mujer, mirándola de reojo y mostrándole una sonrisa entre dientes.

Ginebra hizo una reverencia, captando por el rabillo del ojo a una familia de tres que se mantenía al fondo, observando la escena con fijeza. La chica joven del grupo la miró directo a los ojos y sin ninguna muestra de hospitalidad, antes de huir de allí sin que nadie pudiera detenerla.

La reacción fue tan evidente que la bienvenida se tornó incómoda de inmediato, en especial cuando la pareja que la acompañaba salió tras ella.

—¿Por qué siguen aquí? —le preguntó Dante a su madre, con voz gélida.

Lady Margot sonrió, aunque se la veía ligeramente descolocada.

—Porque pertenecen a este lugar, lo sabes muy bien. Y espero que seas consciente de la burla que todo esto significa para ellos —arguyó con tono retador.

Ginebra dejó escapar un suspiro inaudible, deseando que la tierra la tragara, hasta que, en la mano, sintió un firme apretón de su marido.

—Lady Ginebra, ella es mi madre, lady Margot Forrester —las presentó él, retomando el mando de la situación.

—Un gusto —dijo la mujer, inclinándose hacia ella—. Seguro que sabes en lo que te has metido, pero te arrepentirás pronto.

Lady Margot se alejó con una sonrisa triunfal, satisfecha de que Ginebra hubiera captado la amenaza. Ella, por su parte, se mantuvo firme; recordó las palabras de Carlota y comprendió que era muy

probable que ella fuera la única persona que le mostraría su *genuina* amabilidad.

—Vamos —la instó Dante, tras ordenar a los sirvientes que se encargaran del equipaje.

—No es necesario, querido. Me encargaré yo misma de instalarla, si es que no tienes ninguna objeción con tu madre.

Ginebra la observó con cautela. Tras su advertencia, dudaba que tuviera buenas intenciones, pero era el momento de demostrar su valor.

—No me enojaré si no deseas recibir su ayuda —le susurró Dante, inclinándose apenas hacia su oído.

—Está bien. Estaré encantada de que milady desee colaborar.

Dante la miró con una mezcla de sorpresa y curiosidad, pero su madre ya la había tomado de la mano para llevársela, ordenando que trasladaran sus cosas antes de que el duque pudiera oponerse. Mientras caminaba, Ginebra pensó que su suerte ya estaba echada; al igual que en el orfanato, solo tenía que aprender a comportarse para sobrevivir.

—Supongo que es evidente la razón que tuviste para engatusarlo —comentó lady Margot mientras avanzaban por los pasillos.

—No hice nada de lo que usted piensa, milady.

—¿Y pretendes que me crea eso?

—De ninguna manera. Es libre de pensar lo que quiera sobre las razones que tuvo su señoría para elegirme.

—Hablas como si te hubiese comprado en una feria de ganado.

—Tal vez fue así —repuso Ginebra con sencillez.

La mujer ensanchó la mirada, sorprendida, y luego dejó escapar una risa breve y seca.

—Ya veo que tienes sentido del humor —añadió, deteniéndose finalmente ante una de las habitaciones del ala derecha.

Ginebra había llegado a imaginar que la llevaría a los establos, convencida de que quizá no desearan que durmiera bajo el mismo techo. Tras entender el escaso valor que otros le daban a su matrimonio, estaba dispuesta a ceñirse a lo que dictaminaran. Sin embargo, al ver el interior de la alcoba, se sintió aliviada de comprobar que dormiría en una cama cómoda y no sobre la paja.

Lady Margot se despidió tras ordenar que dejaran sus pertenencias allí dentro. Ginebra intuyó sus intenciones: quería que se sintiera sola y desamparada. Pero lejos de molestarse por tener que arreglárselas por su cuenta, le agradó que nadie le impusiera dónde colocar sus objetos. Era algo que sabía hacer bien. Respiró profundo, agradecida por aquel espacio que sería lo único que sentiría como propio en medio de un mundo ajeno.

Comenzó a organizar su ropa y, tras colocar sus escasas posesiones, decidió tomar un baño. La habitación contaba con uno propio. Entró vistiendo su sencilla bata y, tras sentarse en la butaca, comenzó a echarse agua encima. En los hostales y en casa de lady Finch había disfrutado del lujo del agua tibia, pero estaba tan habituada al agua helada del convento que el frío no le hizo mella.

Al terminar, no pudo evitar reír suavemente mientras temblaba de pies a cabeza, hasta que la puerta del baño se abrió de golpe. Por puro instinto, se abrazó a sí misma intentando cubrirse.

—¿Qué haces? —le preguntó el duque, recorriéndola con la mirada de arriba abajo mientras ella, turbada, se mordía el labio.

Capítulo 16

—Solo me estaba limpiando un poco —dijo Ginebra, mientras él mantenía la mirada clavada en ella, como si no pudiera dar crédito a lo que veía.

De inmediato, Dante sacudió la cabeza, apartando la vista de la transparencia que creaba la tela húmeda pegada a su piel, una que le pareció demasiado blanca bajo la luz mortecina.

—Cielos, ¿no tienes frío? —le preguntó, fingiendo una preocupación práctica para ocultar la turbación de sus sentidos. Comenzó a buscar, de forma torpe, algo con lo que ella pudiera secarse y cubrirse.

Verla de aquel modo lo perturbó hasta el punto de que la imagen se le quedó grabada a fuego en la mente. Meditó en lo equivocada que estaba Carlota al mencionar que todavía era una *niña*; frente a él no había una *infante*, sino una mujer que, sin duda, conservaba una inocencia y pureza que lo desarmaban.

—Solo... un poco, pero ya estoy acostumbrada. —La escuchó decir con voz suave y un ligero temblor.

Dante agarró un paño grande y grueso de algodón que encontró en el armario de la pared y se lo extendió sin atreverse a mirarla de nuevo.

—El agua está demasiado fría —refunfuñó, más molesto consigo mismo que con ella.

—Gracias —murmuró ella, tomándolo con manos rápidas.

—Debiste pedir ayuda para hacerlo. Esta casa está llena de criados para auxiliar con estas labores —manifestó sintiendo una repentina irritación. En el fondo, sabía que para ella nada sería diferente a menos que él lo impusiera.

—No es necesario. Sé cómo arreglármelas sola.

A Dante le causó una punzada de enojo aquella forma tan sumisa de pensar, tan propia del ambiente de orfandad en el que se había criado. Sin embargo, al comprender el origen de esa autosuficiencia, contuvo su molestia transformándola en un poco de compasión.

—¿Ya puedo voltearme?

—Sí, su gracia.

Se volvió de inmediato. Ginebra ya estaba envuelta en el grueso paño, lo que trajo un alivio momentáneo a la turbulencia de sus pensamientos. Se quedó observando el rubor en el rostro de la joven y su nariz colorada por el frío, hasta que la obligó a bajar la mirada.

Suspiró bajo, intentando aplacar su propia severidad; no quería intimidarla más de lo que ya lo hacía con su sola presencia.

—He venido porque fue una mala idea dejarte en manos de mi madre —mencionó, y le pareció notar un leve destello de sorpresa en los ojos de ella.

—No veo que haya razones para pensarlo —respondió Ginebra, haciéndolo resoplar con incredulidad.

—¿Por qué dices eso?

—Es el final del viaje, ¿no? —adujo ella. La convicción y la resignación en sus palabras lo dejaron atónito.

Dante volvió a suspirar. En el fondo, siempre había creído tener

el control de la situación, pero la realidad era muy distinta. Casarse con ella había sido un impulso nacido del deseo de arrebatársela a Foley y de la fascinación que sintió al verla aquel día soleado desde la ventana.

Por primera vez desde el trágico deceso de su amada Juliet, no se sentía culpable por mirar a otra mujer. Tragó con fuerza al fijarse en esos ojos claros y vivaces que lo tenían hechizado, encendiendo un fuego que le removía las entrañas. Pese a sus deseos, no se atrevería a tocarla; no de una forma descuidada. Intuía que, más allá de sus pensamientos egoístas, había encontrado en ella la paz que buscaba para calmar sus remordimientos. Al final, ambos estaban saliendo de sus respectivos encierros.

—Ordenaré que alguien venga a ayudarte.

—No tiene que hacerlo...

—Es una orden de tu marido, Ginebra —declaró, elevando el tono lo justo para sonar firme sin resultar autoritario, sabiendo que, de otro modo, ella seguiría haciéndolo todo a su manera.

—Como usted lo desee, milord —respondió ella, bajando la cerviz.

Dante sintió una opresión en el pecho al ver su reacción. Sabía que no quería arrebatarle su *libertad*, pero necesitaba que se acostumbrara a su nuevo papel como señora de la casa. Creyó que era una enorme responsabilidad para alguien tan joven, aunque dedujo que ella sería capaz de llevarla con una entereza admirable.

La ironía de aquel pensamiento le causó una gracia amarga para sus adentros.

—Le ordenaré a una doncella que te lleve al comedor para la cena. Mi madre es capaz de dejarte morir de hambre solo porque no eres de su agrado.

—No lo hará mientras usted esté presente, pero cuando tenga

que ausentarse... ¿no cree que aprovechará la ocasión? —soltó ella, haciéndolo reír de buena gana.

Su astucia nunca dejaría de sorprenderlo.

—Supongo que te he juzgado a la ligera —adujo, convencido.

—Tal vez me vea frágil, pero sé cuidarme muy bien.

Ella lo encaró con un destello de valentía admirable en su mirada.

—¿De los enemigos? ¿Y qué hay de los amigos? —Quiso probarla. Sabía que Susan le había hecho daño para conseguir a Foley, y que Ginebra hubiera sobrevivido a aquello era la razón de la locura que lo llevó a tenerla hoy frente a él.

—¿Entonces tengo que cuidarme también de usted? —le cuestionó ella, sorprendiéndolo tanto que solo pudo soltar un resoplido de asombro.

Ginebra estornudó, ahorrándole una respuesta que ni él mismo tenía. Ella lograba desarmarlo solo con su ingenio.

—Será mejor que te cambies de ropa o te resfriarás. Te veré en la cena —sentenció.

Salió del dormitorio apresurado, necesitando un trago de jerez para calmar los nervios. Al llegar al fondo del pasillo, se encontró con Lucy, la hermana menor de Juliet. La belleza de la joven era innegable, pero nada comparable a la de Ginebra, que a sus ojos resultaba inigualable. *Única*.

—¿Entonces es cierto que te has casado y has tenido la desfachatez de traerla aquí? —lo inquirió ella sin preámbulos.

—¿Desde cuándo tengo que pedir permiso para rehacer mi vida? —respondió Dante, cortante.

El deje de incomodidad en los ojos de Lucy fue evidente. Ella siempre dio por sentado que él le pediría matrimonio para «reparar» la pérdida de su hermana, tal como lady Margot le recalcaba con

mucha constancia, pero Dante se había casado con Juliet por *amor*, no por *imposición*, y sabía que unirse a Lucy no calmaría su tormento.

—N-no es eso, milord —tartamudeó ella.

—¿Entonces lo he entendido mal?

—¡Dante...! —exclamó ella, alzando la mirada espantada.

—Lord Forrester —la corrigió él con frialdad.

Lucy lo miró con horror y sus ojos se llenaron de lágrimas. Dante sabía que intentaba hacerlo sentir culpable, aunque él jamás le había hecho una promesa. Él no mató a Juliet; ni siquiera estaba allí cuando ella cayó del caballo, pero su familia lo había hecho cargar con el peso de la culpa durante todo el duelo.

—La duquesa les prometió a mis padres que yo ocuparía ese lugar. ¿Por qué estás rompiendo tu promesa? —le reclamó con ahínco, antes de salir corriendo.

Dante suspiró con fuerza, retomando su camino hacia el ala oeste. Necesitaba ese jerez, dar instrucciones sobre Ginebra y, finalmente, enfrentarse a su madre.

Capítulo 17

Tal como lo ordenara su marido, la señora Davies, el ama de llaves, llamó a su puerta para presentarle a quien sería su doncella particular. Tras darle la instrucción de servirla con diligencia en todo momento, se marchó, dejándolas a ambas allí, mirándose las caras sin pronunciar una palabra.

La mujer era mayor que ella, aunque Ginebra calculó que no por muchos años. Aquel detalle le trajo dulces recuerdos de la hermana Francesca, quien le había enseñado matemáticas para que la ayudara en sus labores.

Desde que aprendiera lo básico con los números, calcular edades se le había vuelto un divertido pasatiempo; una forma de dar orden al mundo en un convento lleno de monjas que, en su mayoría, ya rozaban la edad octogenaria.

—Soy Hilda, ¿desea que le ayude en algo, milady? —habló la mujer rompiendo el silencio.

Su tono no era hosco, pero tampoco amable; era la voz de alguien acostumbrada a obedecer sin cuestionar.

—No —le sonrió Ginebra, sorprendiéndola con aquel gesto de cercanía—, pero sí podrías asistirme respondiendo algunas preguntas.

La mujer alzó las cejas con una expresión de absoluto asombro, hasta que se despabiló aclarando la garganta para recuperar la compostura.

—Sí, claro... pregunte lo que desee saber —respondió, ahora más servicial.

Ginebra volvió a sonreírle y, tras tomarla de la mano para invitarla a sentarse con ella en el diván del recibidor, aprovechó para consultarle todo lo concerniente al funcionamiento de la casa. Al principio, Hilda se mostró abrumada ante tal aluvión de curiosidad; después, su gesto se apaciguó y procedió a contestarlas todas con paciencia.

Así fue como se enteró de la distribución de la finca: el manejo doméstico recaía sobre la señora Davies, mientras que la supervisión general y la atención directa a los señores estaban bajo el dominio del mayordomo, el señor Evans.

Pese a ser una extraña en aquella enorme propiedad, la cálida conversación que mantuvieron hasta la caída de la tarde le aclaró muchas dudas sobre su nuevo hogar. Ginebra logró congeniar con Hilda, quien le prometió lealtad y ayuda.

Pensó que ella sería su única aliada, puesto que estaba a su servicio, pero aquello ya representaba un pequeño avance: al menos no se sentiría tan *sola* y, lo mejor de todo, sabría cómo moverse por la propiedad sin extraviarse.

De pronto, unos golpes en la puerta interrumpieron la charla. La criada fue la primera en incorporarse, visiblemente tensa.

—Creo que ya debería irme, señora —manifestó algo azorada.

Ginebra asintió, apretando los labios con una sonrisa de despedida. Hilda se apresuró a abrir la puerta y se quedó allí, tiesa, mirando al visitante. Lady Forrester imaginó que sería el duque quien la había dejado sin habla; reconoció que él provocaba ese

mismo efecto en ella, y se obligó a despabilarse para no recordar lo acontecido tras su improvisado baño helado.

—¿No piensas dejarme pasar? —increpó la visita a la criada, quien de inmediato hizo una profunda inclinación.

—Le preguntaré a la señora si desea recibirla —soltó Hilda, provocando una sonrisa en Ginebra al escuchar el bufido de indignación de la mujer al otro lado.

—Tranquila, Hilda, puedes dejarla entrar —intervino Ginebra para poner fin a la incógnita.

La criada se hizo a un lado para permitirle pasar a la mujer. Ginebra la reconoció enseguida: era la joven que se había marchado de forma abrupta durante el recibimiento en la entrada. Recordarlo le hizo intuir que aún quedaban muchas piezas por encajar en aquel rompecabezas. Hilda hizo una última reverencia y se marchó, anunciando que volvería más tarde para guiarla hasta el comedor.

La recién llegada se quedó observándola con expresión ceñuda y los brazos cruzados con altivez sobre el pecho. Vestía con una elegancia exquisita, muy distinta a la que lucía horas antes; Ginebra supuso que era una señorita rica, de esas capaces de cambiarse de ropa cuantas veces se les antojara.

No era algo que envidiara; en el fondo, anhelaba despojarse de tantas arandelas y recuperar la sencillez de su vestimenta en el convento.

—Así que tú eres la que me ha robado a mi futuro marido —manifestó la joven sin ambages, desconcertándola por completo—. ¿Por qué no dices nada?

La imprecación la sacó de su estupor.

—No tengo nada que decir. No le he robado nada a nadie.

La muchacha rio con amargura, mirándola con desdén de arriba abajo.

—¿Te atreves a negarlo? —siguió reclamándole con voz hiriente.

—No tengo nada que negar —repuso Ginebra con una calma imperturbable, poniendo en práctica el silencio que debía mantener en el convento cuando era reprendida con o sin motivo.

Recordó a Susy y pensó que, si ella estuviera en su lugar, ya le habría dado una respuesta mordaz a la elegante señorita. Pero Ginebra mantuvo su firmeza; ella era ajena a cualquier promesa que el duque hubiera hecho antes de su viaje.

—¡Mentirosa! —la acusó la joven con rabia contenida.

—Son decisiones de su señoría —añadió Ginebra. Aquella mención a la voluntad del duque hizo rabiar aún más a la muchacha.

—Dante iba a casarse conmigo. ¿De dónde te ha sacado? Eres tan simple y no tienes ni una pizca de gracia —continuó su reclamo, denigrándola con saña.

Ginebra no mostró reacción alguna. Su condición de huérfana, sin un apellido que la respaldara, ya la hacía insignificante a ojos de los demás. Lo había vivido en Wakefield y sabía que lo seguiría viviendo allí donde fuera.

Observó cómo la joven daba vueltas por la sala, llevándose las manos a la cabeza con desespero, como si maquinara alguna clase de plan.

—¿Puedo saber quién es usted? —preguntó Ginebra sin rastro de malicia, logrando que la otra se detuviera en seco.

Entonces, la joven pareció sonreírle con una displicencia cruel, acercándose unos pasos.

—Soy Lucy Clermont, la mujer que debería ocupar el lugar de mi difunta hermana —respondió, dejándola sumida en la sorpresa ante una verdad que desconocía por completo.

El duque no solo había estado casado, sino que era viudo. Lucy Clermont no añadió nada más; la miró como si hubiera hallado la

respuesta que buscaba y se marchó de la habitación, con la misma pompa y altanería con la que entró, dejándola sumida en una gran incógnita.

Capítulo 18

Dante entró en el salón de costuras, donde su madre bordaba con parsimonia mientras mantenía una animada charla con la señora Clermont. Al verlo, ambas alzaron la vista de manera simultánea.

Su exsuegra fue la primera en ponerse en pie; dejó el bastidor sobre la mesa con un gesto brusco y se marchó, no sin antes lanzarle una mirada que destilaba toda la ofensa que sentía hacia él.

—Supongo que has venido a decirme que has reconsiderado la estupidez que cometiste —mencionó su madre sin detener el ritmo de la aguja, manteniendo la atención fija en su bordado.

Él exhaló un suspiro cargado de frustración antes de ocupar el sillón a su lado.

—Nada de eso. Mi decisión ya está tomada —declaró con firmeza.

La duquesa viuda detuvo su mano y, por fin, lo miró a los ojos.

—Yo que tú lo haría, Dante —sugirió con una calma mucho más inquietante que la que él había imaginado.

—No he venido a discutir sobre ello, madre.

—¿Entonces a qué has venido? Si Beth y Jonah Clermont te odian ahora mismo, es una reacción más que merecida —arguyó la mujer.

—No les debo nada.

—Le debes a su hija.

—¡Basta, mamá! —estalló él, irascible.

Ella se removió en su asiento, examinándolo con una mirada crítica y cargada de reproche.

—No puedo creer que de verdad estés dispuesto a dañar la relación que nos une a ellos. ¿Qué te costaba tomar a Lucy como esposa? Ella te ama y te estaba esperando —expuso su madre con un semblante severo.

Entonces fue el turno de Dante de mostrar su descontento.

—¿Y quién dictó que ese era mi destino?

—Dante...

—Madre —la cortó él de tajo—, amé a Juliet hasta que la muerte me la arrebató, cumpliendo así la promesa que le hice ante el altar.

Ella ensanchó la mirada, sorprendida por la crudeza de sus palabras.

—Sí..., pero...

—¿Acaso le prometí lo mismo a su familia? —inquirió con severidad.

Lady Margot lanzó un hondo suspiro, dándose por vencida y soltando el bastidor sobre su regazo.

—N-no, no es a lo que me refiero.

—Me casé con Juliet, no con ellos. Ya es hora de que dejes de alimentarlos con promesas que yo nunca hice.

—Querido...

—Ya ha habido suficiente duelo en esta casa. Me he casado de nuevo, madre, y espero encontrar otra vez la felicidad.

—¿Y por qué ir tan lejos a buscarla? Ya sé que fue ese barón Foley quien te metió ideas extrañas en la cabeza al cometer la misma atrocidad que él: casarse con jovencitas sin dinero ni

dignidad para saciar sus bajezas.

—¿Acaso piensas que Ginebra carece de ella? —cuestionó Dante con voz peligrosa.

—No deberías hacer una pregunta tan necia. Norfolk queda lejos, pero los rumores sobre su nueva vida de casado no han tardado en llegar —arguyó mostrándole una carta enviada hacía tres días por una de sus primas de aquel condado.

En la misiva, la prima expresaba su honda preocupación por que Dante siguiera los pasos de su amigo, debido a la estrecha relación que mantenía con aquel «indecente». A él, lejos de molestarle, le hizo gracia saber que el barón finalmente había decidido cargar con su nueva esposa; aquello significaba que Foley había desistido de sus reclamos contra el convento.

—Sea como fuere, la situación no cambiará. Ginebra se quedará a mi lado como la nueva duquesa de esta casa, y los Clermont tendrán que marcharse. También espero que tú consideres hacer lo mismo —expuso, provocándole un resoplido de indignación.

—¿Me estás echando de mi hogar?

—No. Pero si Ginebra no es de tu agrado, te sentará muy bien regresar a Harpur Hill. De lo contrario, no te obligaré a tratar con ella, pero deberás comportarte con absoluta corrección en su presencia —agregó, dejándola estupefacta y con el rostro desencajado ante semejante ultimátum.

Se sintió liberado al dejar claras sus intenciones. No se retractaría. Su prioridad absoluta era evitar que hostigaran a la joven, pues sabía que todos aprovecharían cualquier ausencia suya para atacarla. Y pronto tendría que ausentarse, debido a un viaje obligado a Londres.

Como era de esperar, nadie más los acompañó en el comedor aquella noche. Su madre se excusó alegando una jaqueca —

provocada, sin duda, por el enfrentamiento—, y los Clermont prefirieron cenar en la intimidad de sus aposentos.

Dante agradeció la paz del momento, observando cómo Ginebra comía con la delicadeza de un pajarito.

—Estaré fuera unos días, Ginebra —le informó mientras saboreaba su jerez.

Ella alzó la mirada, serena.

—Está bien —respondió con una sencillez que lo hizo resoplar.

—¿No te preocupa mi partida?

—¿A usted le preocupa, milord?

Su astucia lo obligó a sonreír.

—Un poco. Aunque es vital que realice este viaje, me inquieta que puedas sentirte sola aquí.

—Si es importante, solo tiene que ir —repuso ella, encogiéndose levemente de hombros.

—Quisiera llevarte conmigo —manifestó él con total sinceridad. Pudo notar con satisfacción cómo un bonito sonrojo teñía las mejillas de la joven.

—Estaré bien, milord, no se preocupe —añadió ella con voz trémula.

—Lo dices como si no te importara que viaje.

—¿Acaso haría alguna diferencia si le pidiera que no fuera? —preguntó ella, clavándole una mirada que lo dejó completamente desarmado.

Dante negó con la cabeza, rindiéndose ante su lógica.

—Ninguna. Pero te prometo que viajaremos después en nuestra luna de miel —mencionó, deleitándose con la sorpresa en el rostro de ella—. ¿Te gustaría eso?

Rio por lo bajo al ver que ella casi se atragantaba con la comida, y le extendió apresurado la copa de agua.

—Si es lo que usted quiere, estará bien —respondió ella con una vocecita aguda.

—Es lo que quiero. Así como deseo descansar junto a ti esta noche —añadió Dante, bajando la mirada hacia su plato tras observar cómo ella apretaba los cubiertos con una fuerza repentina.

En su fuero interno, mantenía la promesa de no forzarla a nada, pero aquella noche ansiaba, al menos, compartir el refugio de la misma cama.

Capítulo 19

Ginebra no mencionó nada, durante la cena, acerca de la visita de la señorita Clermont a su dormitorio; sin embargo, aquella revelación sobre el pasado del duque la había dejado sumida en la confusión. Si la señorita Lucy le decía la verdad, ¿por qué se había casado con ella?

Era plenamente consciente de que su unión solo había sido una consecuencia provocada por la traición de Susan. Al principio, se había resignado con serenidad a la idea de casarse con el barón Foley, pero con aquel drástico cambio de panorama, lo único que deseaba era no convertirse en un problema.

Sabía bien que la reputación del convento quedaría en entredicho si lord James elevaba una queja formal. En aquel mundo, cada huérfana debía pagar su gratitud en algún momento, ya fuera consagrando su vida al servicio de Dios o contrayendo un matrimonio discreto y beneficioso.

Ella había cumplido con lo segundo. Tragó con fuerza al recordar las palabras de Dante durante la cena. No le extrañaba que él manifestara sus deseos, pues tarde o temprano los matrimonios debían consumarse; sin embargo, tenerlo claro no le restaba ni un ápice de nerviosismo.

Miró su reflejo en el espejo del tocador mientras Hilda le peinaba el cabello: una cascada azabache demasiado larga y oscura. Solo había pensado en cortarlo cuando creyó que se quedaría para siempre en el convento, pues no veía necesidad de dejarlo crecer tanto bajo los hábitos.

—Ya está, mi señora —dijo Hilda, acomodando las hebras oscuras a sus costados.

La criada la había ayudado a prepararse para dormir, y esa vez, Ginebra aceptó de buen agrado su ayuda con la preparación del baño tibio. Sentía que debía estar impecable si iba a compartir el lecho con el duque.

El solo pensamiento hacía que se le secase la boca.

—Gracias, Hilda.

Se puso en pie para servirse un vaso de agua, pero la amable criada se anticipó a su intención. Ginebra bebió como si sufriera de una sed infinita. La mujer le dedicó una sonrisa reconfortante.

—No debería asustarse por la visita del duque, señora.

—Siempre he dormido sola —confesó ella, recordando que en su estrecha litera nunca hubo espacio para dos—. ¿Qué crees que debería hacer?

Hilda la observó con una mueca de apenada simpatía. Ginebra suspiró, sintiéndose abrumada e inexperta ante la que sería su primera noche compartiendo la cama con un hombre.

—Me recuerda tanto a la señorita Juliet... —mencionó la criada, antes de taparse la boca al darse cuenta de su indiscreción.

—No te disculpes —la tranquilizó Ginebra—. ¿Podrías contarme un poco sobre ella?

—Yo no... no debería. No sería correcto.

—Está bien. Solo quería saber si era muy feliz al lado del duque —repuso Ginebra con suavidad.

La criada la miró con profunda comprensión.

—Eran muy felices. Todo el tiempo que el destino les permitió estar juntos —añadió.

En ese momento, unos golpes en la puerta anunciaron la llegada de Dante. Había acudido a la habitación despojado de su elegante levita negra, vestido ahora con una ropa mucho más informal y cómoda. Hilda hizo una reverencia y se retiró en silencio, cerrando la puerta tras de sí, dejándolos en completa privacidad.

Ginebra lo observó, tragando con fuerza al notar la pequeña porción de piel vellosa que se asomaba por la abertura de su camisa. Sintió de nuevo la garganta árida. Se puso en pie con rapidez y se refugió en la cama, recostándose rígida como una estatua de mármol, con la vista clavada en la penumbra del techo. No se atrevió a mirarlo mientras él apagaba las velas, dejando únicamente el candelabro de la mesita de noche encendido.

Aguardó con el corazón desbocado, sintiendo cómo él se sentaba en el borde del colchón, se despojaba de las botas y, tras pasarse una mano por el cabello negro y revuelto, se acomodaba a su lado.

Dante imitó su postura, escrutando el techo, también en silencio. Ella lo miró de reojo, notando que él se mantenía tan inmóvil como ella.

—Supongo que estarás pensando que he venido a aprovecharme de ti —soltó él, con un matiz de risa burlona en la voz.

—¡Milord! —exclamó ella, ladeándose finalmente para quedar frente a él. El reflejo de la pequeña llama de la vela ardía en sus ojos claros.

—Te dije que quería dormir junto a ti, Ginebra.

—Aunque lo dijera con otras palabras, tengo claro que es algo que debe suceder.

—Sucederá, pero no esta noche. Cuando llegue el momento, de

verdad espero que me desees tanto como yo a ti —expresó él, provocando que las mejillas de ella ardieran de súbito.

La abadesa le había explicado de forma escueta lo que aquello significaba, pero Ginebra intuía que las palabras de la religiosa no abarcaban ni la mitad de la intensidad que aquel hombre desprendía.

Para entenderlo, tendría que experimentarlo en su propia carne.

—Si milord lo desea...

—No esta noche —repitió él con un tono de voz grave, calmo y profundo.

Ginebra asintió, sintiéndose de pronto mucho más ligera y aliviada. Ambos regresaron a la posición inicial, contemplando el techo.

—Está bien —aceptó ella—. ¿Puedo saber cuándo se marchará, milord?

—No importa si me llamas por mi nombre; no voy a reprenderte por ello —adujo él, arrancándole una pequeña sonrisa.

—No creo que pueda acostumbrarme tan pronto a llamarlo de forma tan descuidada.

—Entonces, hazlo despacio.

—De acuerdo... —suspiró ella, probando el sonido inaudible de su nombre en sus labios.

Un silencio denso y acogedor cayó sobre la estancia, apenas perturbado por los ruidos nocturnos que se filtraban tras los cristales.

—¿No vas a contarme lo que te dijo la señorita Clermont? —preguntó él de repente, sobresaltándola.

Ella se incorporó con rapidez, buscándole la mirada mientras él cruzaba los brazos tras la cabeza. Ginebra imaginó que Hilda no había podido guardar el secreto.

—No pasó nada importante.

—Si fuese cierto, no reaccionarías con esa urgencia.

—No es eso...

Dante se incorporó también, acallando sus palabras al presionar suavemente un dedo sobre sus labios. Aquel leve toque le provocó un estremecimiento que recorrió toda su espalda.

—Dime la verdad, Ginebra —le exigió, con la mirada clavada en la suya.

—La señorita Clermont... —empezó a hablar en cuanto él retiró el dedo— me acusó de haberle robado su oportunidad.

No quería traicionar a Lucy, pero tampoco podía luchar contra su propia naturaleza sincera.

—Ya veo que la señorita Clermont no sabe guardarse lo que piensa.

—¿Es cierto que ya se había comprometido con ella? —preguntó con una nota de ansiedad que no pudo ocultar.

—No es cierto, aunque ella pudo hacerse esa idea alimentada por otros.

—¿Y por qué no se casó con ella?

—¿Acaso no es obvio, Ginebra? —respondió él, tomando un mechón de su cabello y aspirando su aroma con fijeza.

Aquel gesto volvió a erizarle la piel. Dante se recostó otra vez con un suspiro.

—¿Todavía se acuerda de ella? —se atrevió a preguntarle, pensando en Juliet. Tal vez lo hacía porque ella, al no conocer su propio origen, no tenía recuerdos a los que aferrarse.

—Ya no tanto —contestó él con voz queda.

Ginebra sonrió tenuemente y, tras bajar la cabeza un instante para reunir todo su valor, realizó el acto más osado de su vida: se recostó sobre el pecho de Dante. Se sobresaltó ligeramente cuando

sintió que el brazo de él la rodeaba, apretándola contra su cuerpo con firmeza.

—¿Puedo saber cuándo se marchará? —susurró ella, acomodándose mejor sobre él.

—En dos días.

—¿También dormirá conmigo estas noches?

—Sí, si así lo deseas —respondió él, con la voz un poco somnolienta.

—Lo deseo —dijo ella, embriagándose con el aroma fuerte y varonil que desprendía su piel, cerrando los ojos poco a poco mientras el latido del corazón de Dante la arrullaba como su nueva canción de cuna.

Capítulo 20

Tal como se lo prometiera, Dante durmió las siguientes dos noches a su lado y partió de madrugada al tercer día. Ginebra se sintió extraña ante su ausencia aquella mañana; habían sido pocas noches compartiendo apenas el calor de la cama, y, sin embargo, ya lo *extrañaba*. Le gustaba ese detalle respetuoso de Dante: el hecho de que en ningún momento la tocaba, al menos no de una forma que pudiera considerarse indecorosa.

Recordó su petición y tragó con fuerza, saliendo del lecho justo cuando llamaron a la puerta. Supo de inmediato que era la criada que iba a asistirla. En realidad, no necesitaba ayuda, pero la aceptaba de buen grado porque así podía disfrutar de una pizca de amable *compañía*.

Hilda era buena con ella y respondía a muchas de sus dudas, aquellas que Ginebra no se había atrevido a plantearle al ama de llaves o al mayordomo. Ellos siempre parecían demasiado ocupados, yendo y viniendo con una eficiencia mecánica.

No eran desatentos —tal vez por orden directa del duque—, pero Ginebra no quería convertirse en una carga adicional. Por ello, decidió ofrecer su ayuda voluntaria, aun sabiendo que a Dante podría no agradarle la idea.

Era su forma de sentirse *viva*, de sentirse *útil*. Ya estaba cansada de permanecer confinada en su habitación o de pasear a ratos perdidos por el jardín como un adorno más de la propiedad. A Hilda no le pareció una buena iniciativa; aun así, decidió apoyarla y la condujo hasta la cocina para presentarse ante la señora Davies.

En cuanto cruzó el umbral, todos los sirvientes interrumpieron sus labores y clavaron la mirada en ella, como si un espectro se hubiera materializado entre los fogones.

—Lady Forrester, no debería estar aquí —sentenció el ama de llaves, dirigiendo una mirada de reprobación absoluta hacia la criada.

—No la regañe, señora Davies; yo le he pedido que me trajera. ¿Podría hablar un momento con usted?

La mujer la observó, suavizando un poco sus rudas facciones ante la gentileza de la joven.

—Por supuesto —respondió, guiándola con un gesto de la mano hacia la sala de descanso.

—Gracias por concederme su tiempo.

—Milady —llamó su atención la señora Davies una vez a solas—, no tiene por qué estar en estas dependencias.

—¿Es porque su señoría lo ha prohibido? —preguntó Ginebra con curiosidad.

La mujer dejó escapar un suspiro.

—Es mejor que se mantenga alejada de todo, señora.

—Ya veo. Se trata de lady Margot.

—No solo de ella —adujo la mujer, bajando el tono de voz casi hasta el susurro.

—Sé que nadie me quiere aquí. Y aunque su señoría trate de evitar que lo pase mal manteniéndome apartada de los problemas, no soy la clase de persona que se queda echada sin hacer nada. No

lo he hecho desde que era una niña. No sé si para ustedes sea importante que yo sea la nueva duquesa, pero quiero ayudar. —Antepuso su determinación.

—Mi señora, nadie ha dicho que no sea importante. Si su gracia, lord Forrester, la eligió, nadie puede oponerse a ello.

—¿Entonces por qué no puedo ser de utilidad?

—Ya le he dado las razones —insistió la mujer.

Ginebra sintió que la señora Davies se parecía mucho a la hermana Francesca, a quien todas en el convento tildaban de gruñona y refunfuñona; en el fondo, solo había que conocerla un poco y sobrellevar sus asperezas para descubrir que su severidad era puramente superficial.

—Y ya las escuché. Aun así, insisto: quiero ser útil.

—Supongo que nada la hará cambiar de opinión.

Ginebra negó con la cabeza con una determinación tranquila, y la señora Davies dejó escapar una sonrisa resignada.

—De acuerdo, se hará como desee —claudicó la mujer, quedándose sin argumentos para mantenerla quieta.

Fue así como empezó a explicarle el manejo del personal y la distribución de las tareas, divididas con rigurosa precisión entre limpieza, cocina y jardinería. Ginebra le relató, sin asomo de vergüenza, todo lo que solía hacer en el convento, incluso el manejo de los libros contables. Lo hizo con tanta emoción que sorprendió gratamente al ama de llaves, quien hasta ese momento solo la había visto como una señorita delicada y un tanto insulsa, como el capricho *pasajero* del duque.

Ese era el rumor que se había propagado por toda la finca, auspiciado por la antigua duquesa y los señores Clermont, quienes permanecían allí pese a la advertencia del duque para que pusieran fin a su visita infinita. Incluso la señora Davies pensaba que, con la

llegada de la nueva esposa, ellos ya no tenían nada que hacer allí; no obstante, no se sentía con autoridad para emitir su opinión.

La mañana transcurrió, y Ginebra se sintió en extremo feliz. Primero ayudó en la cocina, donde compartió el desayuno con las demás criadas, dejando que el bullicio de la estancia le trajera recuerdos de las comidas en el refectorio. Después, se dispuso a limpiar.

—¿Qué cree que está haciendo? —La voz de lady Margot restalló en el aire cuando la vio cargando un balde.

De inmediato, la anciana miró a la criada de Ginebra con el ceño fruncido y una expresión mucho más severa que la del ama de llaves.

—Milady —saludó Ginebra, regalándole una sonrisa serena.

—¿Quieren explicarme esto? —increpó Margot a las demás sirvientes, que se quedaron estáticas, temiendo por su empleo.

—No hay nada que explicar, estoy limpiando —respondió Ginebra sin perder la calma, mientras todos a su alrededor empezaban a sudar ante la reprimenda que seguramente recibirían después.

La vieja duquesa se quedó observándola, como si sopesara el calibre de sus palabras, hasta que, muy al contrario de lo que todos esperaban, dibujó una sonrisa gélida.

—¿Te gusta limpiar? —resaltó con la pregunta.

—Así es, mi señora, y le ruego que no me lo impida.

—No tengo por qué hacerlo si es el deseo de la nueva duquesa —arguyó la mujer, sosteniendo la sonrisa.

Lucy y su madre aparecieron en ese instante, colocándose al lado de Margot y observando a Ginebra con un desprecio mal disimulado. Tras recibir el visto bueno para la tarea, Ginebra se había puesto el vestido sencillo que llevó en su costal desde el convento.

Aquella prenda la hacía ver, a ojos de las otras damas, como una

más entre la servidumbre. Sin embargo, a ella no le importaba lo que pudieran pensar.

—Parece que la joven trepadora por fin encontró su lugar —mencionó la señora Clermont a la vieja duquesa, con la voz cargada de veneno.

—Lady Forrester me ha confesado que le encanta limpiar —comentó Margot.

—Entonces dejémosla con su diversión; nosotras tenemos asuntos más importantes que atender —intervino Lucy, mirándola con un resentimiento que quemaba.

—Sí, vamos —manifestó lady Margot, y las tres mujeres se retiraron con aire de triunfo.

—Usted es la señora de esta casa, no debería permitir que la traten así —manifestó Hilda cuando el ambiente volvió a sentirse ligero tras la partida de las damas.

Ginebra le sonrió con una paz que las otras nunca conocerían.

—Eso no tiene mucha importancia, Hilda.

Dante no volvería hasta dentro de una semana, y ella solo tenía que armarse de valor para que cada día fuera, al menos, un poco más llevadero.

Capítulo 21

Una semana después de haberse involucrado de lleno en las labores de la casa, ni la señora Davies ni el propio Evans, el mayordomo, pudieron poner queja alguna ante la diligencia y la ayuda de Ginebra.

Ella se sentía en su elemento, poniendo en práctica cada lección aprendida en el convento; aquello provocó que dejaran de verla engalanada con los hermosos vestidos que le regalara Carlota, o los que ella misma ayudara a elegir después. Ahora, a ojos de cualquiera, parecía una más entre la servidumbre.

Tampoco volvió a tropezarse con lady Margot, la señora Clermont o Lucy, quienes permanecían unidas la mayor parte del tiempo, separándose únicamente al retirarse a dormir. Eran los rumores que Ginebra captaba al pasar sus horas entre los criados, donde la información fluía con más libertad que en los salones principales.

Se encontraba en el jardín, abonando con esmero la tierra de su pequeño huerto de hierbas aromáticas, cuando Hilda se acercó con dos cartas en la mano.

—Son para usted, mi señora —le anunció al entregárselas.

Aunque los sobres parecían estar intactos, Ginebra descubrió con una punzada de indignación que habían sido abiertos y vueltos a

sellar con torpeza. No le extrañó que lady Margot se hubiera atrevido a husmear en su correspondencia, pero decidió pasarlo por alto en cuanto vio que una de las misivas provenía del convento de Santa Catalina.

Una sonrisa iluminó su rostro, se quitó los guantes de cuero y procedió a leerla de inmediato. En realidad, eran dos mensajes: uno de la abadesa y otro de la hermana Francesca, a quien había estado rememorando tanto en los últimos días que llegó a pensar que la había atraído con el pensamiento.

Ambas preguntaban por su bienestar. Mientras la abadesa le deseaba lo mejor y la instaba a seguir comportándose con virtud, «Fran» le recordaba, con su aspereza cariñosa de siempre, que podía regresar cuando quisiera, pues la recibiría con los brazos abiertos. Sin embargo, la otra carta apagó su emoción de golpe, trayéndole recuerdos que creía haber sepultado: era de Susan. En ella la felicitaba por su boda y le avisaba que iría a verla la siguiente semana.

Ginebra tembló ante la sola idea de que Susan fuera con lord Foley, aunque la carta no mencionaba al caballero por ningún lado. Aquel silencio le causó extrañeza, pero pronto desechó el pensamiento y continuó con su trabajo; quería terminar rápido para ir al despacho del duque y redactar una respuesta. Al menos para sus mentoras, pues no sentía el menor deseo de escribirle a Susy.

En medio de sus tareas, vio entrar un carruaje en la propiedad. Por un instante, el corazón le dio un vuelco de alegría imaginando que podría tratarse del duque, pero el desánimo la invadió al ver que quien descendía era un sacerdote. Lo cierto era que ya *anhelaba* el regreso de Dante, pero al pensar en la carta de Susan, una punzada de molestia le oprimía el pecho.

El sacerdote miró en su dirección, sacándola de su

ensimismamiento justo cuando era recibido por las damas de la casa, encabezadas por lady Margot, quien guiaba la comitiva hacia el interior, demostrando que seguía siendo la señora de la casa.

—¿No cree que usted también debería recibir la visita del padre Alfred? —le preguntó Hilda con tono de preocupación.

—¿Por qué habría de hacerlo, si no he sido yo quien lo ha invitado?

—Debería importarle, milady. Esas tres parecen tramar algo en su contra.

Ginebra sonrió ante la insinuación. La verdad era que se sentía feliz de no tener que tratar con ninguna de ellas. Al llegar la tarde y culminar su jornada de labores en la finca, tomó un baño y, tras ponerse ropa limpia, se dirigió al despacho tal como lo había planeado.

Después de haber ayudado durante todos esos días, ya no corría el peligro de extraviarse al adentrarse en el ala oeste, donde se encontraban las dependencias privadas del duque. Se detuvo en seco al escuchar voces provenientes del despacho y tuvo que ocultarse muy apresurada, al ver salir a la vieja duquesa junto a Lucy. Ambas sonreían con una satisfacción maliciosa, como si celebraran un gran acontecimiento.

Ginebra esperó, agazapada contra la pared, mientras ellas se detenían a una distancia considerable, pero lo suficientemente cerca, para que sus palabras llegaran nítidas a sus oídos.

—Te lo dije, querida: deshacerlo iba a ser bastante fácil —comentó lady Margot, quizá confiada en que nadie, y mucho menos Ginebra, estaría allí para escucharla.

—Dante no estará muy contento cuando se entere —mencionó Lucy con una nota de duda.

—Pero se le pasará, ya lo verás —le aseguró la anciana, y tras

soltar una risa queda, ambas siguieron su camino.

Ginebra exhaló un suspiro bajo y profundo cuando el pasillo quedó en silencio, soltando por fin el aire que retenía en sus pulmones. Pensó en lo que habían dicho y, sobre todo, en la mención al duque. Imaginó que, sin duda, aquello tendría que ver con ella; no le resultaba extraño que estuvieran planeando deshacerse de su presencia. Ya había sucedido antes, y por parte de la persona en la que más confiaba.

Avanzó hasta el despacho, pero al intentar abrir la puerta, descubrió que estaba cerrada con llave. Tuvo que resignarse y volver a su habitación para, más tarde, ir a cenar con las criadas, con la mente todavía nublada por la incertidumbre.

Capítulo 22

Ginebra no logró conciliar el sueño; la inquietud la persiguió durante toda la noche, provocándole un desvelo que la dejó exhausta. Los golpes en la puerta resonaron justo cuando sus ojos empezaban a cerrarse de nuevo, pues no había tenido ánimos ni fuerzas para levantarse temprano y hacer sus oraciones matutina.

—Adelante —ordenó a Hilda, quien abrió la puerta de inmediato.

—No se ve muy bien esta mañana, milady.

—Lo sé —admitió Ginebra, sentándose frente al tocador, donde el espejo le devolvió un reflejo marcado por las ojeras.

—Lady Margot ha enviado a llamarla; la espera en su estudio —anunció la criada.

—Está bien. Me arreglaré un poco y bajaré.

—No debería ir —insistió Hilda, deteniendo su paso cuando Ginebra se disponía a cambiarse tras el biombo.

—¿Por qué no? Es la primera vez que la madre del duque me convoca.

—Y no puede ser para nada bueno —adujo la criada con el ceño fruncido.

Ginebra decidió no hacer caso de las advertencias y continuar. Siempre había obedecido los llamados de la autoridad en el

convento, por lo tanto, acudiría a ver qué deseaba la anciana. Se aseó con rapidez y, tras ponerse un vestido sencillo, salió acompañada de Hilda hacia las dependencias de la duquesa viuda.

—Ayer intenté entrar al despacho, pero estaba cerrado con llave —mencionó mientras caminaban por los pasillos.

—Su gracia posee una llave, puede pedírsela al mayordomo.

—Supongo que la duquesa madre también tiene una.

—Debe de conservar la del difunto duque, pero no suele entrar allí sin permiso —repuso la criada.

Ginebra la miró, percibiendo su evidente consternación.

—¿Por qué dices con tanta seguridad que no debería ir?

—Porque ellas traman algo en su contra, milady, y han involucrado al padre Alfred.

—¿Como qué? —preguntó Ginebra, justo cuando estaban por llegar.

Hilda no pudo responder; en ese instante, lady Margot abrió la puerta del estudio.

—Entra, te estábamos esperando —dijo, apremiándola con un gesto impaciente.

Ginebra pensó que entraría con su criada, pero lady Margot dejó a Hilda fuera, cerrándole la puerta en la cara. En el interior se encontraban Lucy, sus padres y el sacerdote. La presencia de todos ellos, dispuestos como un tribunal, la hizo sentir acorralada.

—Es ella, padre: la muchacha inmoral que Dante trajo de su viaje. —La señaló su suegra con un desdén que hizo que el sacerdote arrugara el ceño—. Pero podemos corregirlo, para que este escándalo no dañe la buena reputación de la familia.

Ginebra supo de inmediato a qué se refería; la acusación pendía del aire como una sentencia.

—Nuestra Lucy está dispuesta a sacrificarse, así que solo debe

efectuarse la anulación —intervino el señor Clermont con una frialdad que helaba la sangre.

Al escuchar la palabra «anulación», la mente de Ginebra cobró una dolorosa claridad.

—¿Por qué quieren anular nuestro matrimonio? —preguntó, desconcertada.

—¿Y todavía lo preguntas, muchachita insolente? Dante cometió un error y vamos a repararlo —sentenció lady Margot, tomando la vocería.

—Pero no pueden hacerlo sin la presencia de su señoría —repuso ella, sin poder salir de su estupor.

En ese momento, se dio cuenta con una punzada en el pecho de que no quería separarse. Anhelaba recibirlo cuando regresara; él le había prometido una luna de miel, una vida *juntos*.

—Eso no será necesario; solo debes firmar este documento y ya no tendrás por qué permanecer aquí —continuó la mujer, extendiéndole un pliego.

Ginebra leyó con nitidez que se trataba de una nulidad eclesiástica, destinada a declarar *inválida* su unión con Dante. Un estremecimiento recorrió su cuerpo. El sacerdote la observó con severidad y preguntó:

—¿Están seguras de que su gracia ha sido coaccionado por esta muchacha?

Ginebra quiso gritar que aquello era una mentira infame, pero la madre del duque la hizo callar con una mirada gélida.

—Seguro que no te atreverás a mentir ante Dios, ¿verdad?

—¿Por qué no firmas de una vez y acabamos con esto? —la inquirió Lucy, acercándose con una sonrisa malévola—. Aunque tal vez no sea necesario; a lo mejor, ni siquiera sabe escribir.

Lucy terminó mofándose, mientras Ginebra seguía

descompuesta, comprendiendo el peso de la situación.

—No firmaré. Y por supuesto que sé perfectamente lo que dice este documento —declaró, elevando el tono de su voz con una dignidad que las sorprendió.

—Me dijeron que era una muchacha analfabeta. ¿Por qué asegura que sabe leer y escribir? —preguntó el sacerdote, confundido.

—Debe de ser otra mentira, como todo lo que inventó para atrapar a mi hijo —arguyó la vieja duquesa. Enseguida se acercó a ella con el papel y la pluma—. Vamos, una equis bastará.

En ese preciso instante, la puerta del despacho se abrió de par en par, sobresaltándolos a todos. Dante entró en la estancia, seguido de cerca por el mayordomo y el ama de llaves. En cuanto Ginebra lo vio, corrió hacia él, arrebatándole el documento a lady Margot en el camino.

—Ya estás de vuelta —exclamó ella con un alivio que le desbordaba el alma.

Él curvó los labios en una tenue sonrisa antes de clavar una mirada de recelo en el papel que ella sostenía con fuerza.

—¿Quieren decirme qué está sucediendo aquí?

—Querido, no te esperábamos hasta mañana —manifestó su madre, tratando de recuperar la compostura con una sonrisa forzada.

—Supongo que hice bien en adelantar mi viaje.

Ginebra le entregó el papel. Dante lo leyó y su mirada se endureció hasta volverse puro acero. Arrugó el documento con un gesto violento y se dirigió al sacerdote.

—Padre Alfred, espero de corazón que no se haya creído toda esta sarta de tonterías.

—No es ninguna tontería, Dante. Te estamos salvando. Mi

hermana querría que lo hiciéramos.

El duque miró a Lucy con un enojo rebosante, casi incontenible.

—¡Suficiente! —exclamó airado. Acto seguido, agarró la mano de Ginebra y dio media vuelta para salir de allí—. Padre, después podemos hablar de esto con más calma. Y al resto de ustedes... espero no volver a verlos nunca más.

—¡Pero, hijo...!

—Te advertí que te comportaras con Ginebra, madre. Al parecer, has cruzado la línea, y eso amerita que no desee volver a ver tu rostro —declaró haciéndole un gesto a sus sirvientes para que procedieran a cumplir sus órdenes, llevándose luego a Ginebra de aquel lugar.

Capítulo 23

Ginebra irradiaba una felicidad desbordante, y aunque aquello debería haberle contagiado alegría, Dante no lograba aplacar el enojo que lo embargaba. Era plenamente consciente de los alcances de su madre, siempre esmerándose en que la reputación del apellido Forrester no fuera manchada ni por la más mínima pelusa.

Reconoció que, durante el duelo por Juliet, él había estado sumido en una turbación y un desasosiego absolutos. Se había casado con ella por puro amor y devoción, entregado a una mujer que lo colmaba de halagos y cariño, mientras cargaba en silencio con las culpas de sus padres. Juliet, al contrario que sus progenitores, siempre fue sincera con sus sentimientos, y eso bastó para que Dante la aceptara, aun sabiendo que los Clermont solo buscaban emparentarse con alguien de renombre y fortuna.

Incluso después de su muerte, esa ambición seguía arraigándolos a la finca, con la pretensión de endilgarle a su segunda hija como si se tratara de una nueva transacción comercial, después de haber superado el primer impase. Sin embargo, aquel asedio solo logró que Dante terminara por detestarlos; ahora, sin la presencia de Juliet para interceder por ellos, sentía que no les debía nada. Su madre, por su parte, no pensaba igual.

Esa fue su verdadera razón para huir a la primera oportunidad cuando llegó la invitación de su viejo amigo, el barón Foley. Indecente o no, Foley le proporcionó el impulso necesario para no terminar asfixiado por el atosigamiento de lady Margot. Por ello, no sentía el menor remordimiento al pedirle a su madre que se marchara.

Pensó con amargura que, quizá, Juliet seguiría *viva* si los hubieran dejado vivir solos, lejos de las intrigas familiares. Ahora que tenía a Ginebra, eso era precisamente lo que pensaba hacer. Pero antes debía dejar constancia ante el Parlamento, como parte de su rendición de cuentas, de que se había casado en toda regla; su nueva esposa gozaría de los mismos privilegios que la anterior.

Esa sería su manera de honrarla y protegerla: tomándola para sí, no como una *propiedad*, sino como su verdadera compañera.

—Estoy un poco enojado contigo, Ginebra —manifestó una vez que estuvieron frente a la puerta del dormitorio, provocando un destello de asombro en su mirada.

Hilda, que los acompañaba, se mantuvo a una prudente distancia, observando con cautela.

—Si lo dice porque he estado limpiando, puede enojarse todo lo que quiera —respondió ella con naturalidad.

La respuesta de Ginebra le arrancó una risa a desgana.

—Ya me he enterado de ello, pero no es de eso de lo que hablo.

—¿Entonces, milord?

Dante habría deseado que lo llamara por su nombre, pero se recordó que debía armarse de paciencia.

—Hablo de lo que trataron de hacerte mi madre y los invitados de esta casa.

—¿Lo dice por su intento de anular este matrimonio?

—Ginebra... —murmuró él. Ella alzó la mirada, encarándolo con

valentía.

—No estaba destinada para usted, pero terminó sucediendo así, y yo lo acepté por el bien de todos. Si piensa que iba a firmar ese papel... ¿no cree que ese esfuerzo habría sido en vano? —respondió, desarmándolo una vez más con su ingenio.

Dante, impulsado por una admiración incontenible, tomó sus mejillas entre las manos y le plantó un beso en los labios. No fue algo premeditado, fue el resultado de la fascinación que ella le provocaba. Al separarse, le alegró descubrir una mezcla de sorpresa y deleite en sus ojos claros.

Se aclaró la garganta para despabilarla y se volvió hacia la criada. Hilda se acercó con diligencia, aunque era evidente que el arranque de desbordado afecto que acababa de presenciar la había dejado estupefacta.

—¿Qué ordena, su señoría? —preguntó con una reverencia.

—Encárgate de dirigir la mudanza de lady Forrester a mis dependencias de inmediato —indicó con tono riguroso, sorprendiéndolas a ambas. Miró de hito en hito los labios delgados y rosados de Ginebra, prometiéndose volver a besarlos y degustarlos con más calma en la próxima ocasión—. ¿Y tú? Tú solo obedece.

Vio cómo ella tragaba con fuerza antes de asentir, dibujando una sonrisa tímida. Dante le guiñó un ojo, sintiéndose por un instante como un adolescente impetuoso, y se marchó de allí. Iría al encuentro del padre Alfred para terminar de aclarar lo sucedido de una vez por todas.

Haber llegado en el momento justo, tras recibir el reporte detallado de su mayordomo Evans —tal como le había encomendado —, le otorgaba un alivio inmenso. No quería ni imaginar qué habría ocurrido si su arribo se hubiera retrasado. Meditó en que, aunque Ginebra quizá nunca descubriera cuál era su apellido de cuna, él ya

le había dado el suyo para respaldarla ante el mundo.

Capítulo 24

Mudarse a las dependencias del duque no era algo que ella hubiera esperado tan pronto. Debido a la naturaleza fortuita de su unión, él podría haberla mantenido escondida en cualquier rincón olvidado si así lo hubiese deseado. A pesar del alivio y la dicha que la embargaban, Ginebra seguía sin sentir del todo como propia esta *nueva oportunidad* que, en apariencia, había sido orquestada por la traición de Susan.

El aviso de la visita de su antigua amiga funcionaba como un recordatorio constante de aquel origen incierto, un asunto que aún no había logrado aclarar con Dante. Sin embargo, aquello dejaba el conflicto con Lucy Clermont como el menor de sus problemas. Hilda cumplió a cabalidad con la tarea encomendada, y el traslado fue como reescribir, desde cero, su llegada a la finca Forrester.

Era la primera vez que ponía un pie en el dormitorio del duque. Su amplitud y la exquisitez de cada detalle en la decoración la dejaron anonadada; la luz que se filtraba por el gran ventanal bañaba una estancia que doblaba en tamaño a la habitación donde la vieja duquesa la había confinado originalmente.

Se acercó al cristal y observó con una mezcla de asombro y liberación cómo los Clermont abandonaban la finca. El carruaje,

cargado hasta los topes con sus equipajes, partía bajo la severa supervisión del señor Evans.

—Disculpe mi indiscreción, milady, pero ya era hora de que se marcharan —comentó Hilda a su lado.

—Supongo que, en verdad, esperaban que su hija tomara el lugar que dejó su hermana —expresó Ginebra en voz alta, dando forma a sus pensamientos.

—Así es, mi señora. Y eso debería molestarle, porque no tenían derecho alguno a pretender tal cosa.

—Yo tampoco lo tenía, Hilda.

—Por supuesto que sí, su señoría —le recalcó la criada con un entusiasmo exultante—. Lord Forrester la eligió a usted como su segunda oportunidad.

Ginebra ensanchó la mirada, sorprendida por la vehemencia de la mujer. Al notar su reacción, Hilda bajó la cabeza de inmediato, disculpándose por su exceso de confianza.

—Tranquila, no has dicho nada malo —la consoló Ginebra con una sonrisa. Escuchar aquellas palabras le tocó el corazón; al fin y al cabo, eso era lo que ella más buscaba: una *pequeña* segunda oportunidad.

—¿Qué le parece si la ayudo a arreglarse? Imagino que su señoría querrá que esté muy bonita para la cena.

—¿Crees que de verdad puedo verme bella?

—Le aseguro que no lo necesita, pero dudo que no vuelva a hacerle perder la compostura al duque —añadió Hilda con picardía.

Ginebra sintió un vuelco en el pecho al recordar el beso de Dante, aquel que la había dejado sin aliento. Evitó llevarse los dedos a los labios por inercia; no quería borrar la sensación que todavía le removía las entrañas.

Había sido su primer beso y, en lo más profundo de su ser,

deseaba repetirlo.

—Está bien —asintió con determinación—. Dame toda tu ayuda.

Lo siguiente fue una inmersión en un mundo de sensaciones nuevas. Tras organizar sus pertenencias junto a las de su marido, disfrutó de un baño de flores de lavanda y caléndula, con un toque de canela que Hilda le sugirió para revitalizar el cuerpo y la mente.

Si bien el tamaño del cuarto de baño no la sorprendió —esperaba tal lujo del duque—, la tina sí lo hizo. Sumergida en el agua tibia, Ginebra se permitió un instante de vanidad, disfrutando a sus anchas de lo que ahora le pertenecía.

Una vez aseada y fresca, se vistió con uno de los trajes que compró gracias a la generosidad de Dante y el consejo de Carlota. Era un vestido de un violeta pálido, sencillo y delicado, que resaltaba su juventud. Se preguntó si le agradaría a su esposo, asombrándose de sí misma; nunca se había preocupado por gustar a nadie con su apariencia.

En su antiguo canon de reglas, primaban la obediencia, la humildad y la austeridad, lejos de cualquier frivolidad. No es que quisiera olvidar su aprendizaje, pero sentía la ansiedad de no encajar en los estándares de un duque que estaba por encima de todo aquello.

—Entonces... ¿me veo bien?

—¿Por qué sigue preguntándoselo, milady? Quizá solo la estoy preocupando con mis comentarios.

—No, es mejor que me lo digas. Soy huérfana, crecí en un convento y solo ahora estoy conociendo lo que hay más allá de los muros —confesó con sencillez. No era algo que la avergonzara, sino una realidad que la definía.

—Ya veo por qué se siente así —manifestó Hilda con una sonrisa comprensiva—, pero no tenga temor de seguir siendo usted misma.

Ginebra sonrió, sintiéndose reconfortada. De pronto, unos golpes en la puerta aceleraron sus latidos ante la inminente llegada de Dante. Se mantuvo alerta hasta que Hilda abrió, pero el pulso se le desaceleró al ver a la señora Davies.

—Lady Margot desea hablar con usted —informó el ama de llaves.

Ginebra se quedó pensativa un instante. Luego, alzó la mirada con una firmeza que sorprendió incluso a la experimentada empleada.

—Dígale a lady Forrester que no deseo verla —respondió con voz clara, rechazando el pedido de su suegra.

La señora Davies no mostró rastro de reproche.

—Le daré su respuesta —asintió con una breve inclinación antes de marcharse.

Ginebra se volvió hacia Hilda, que la observaba con deleite y expectación ante lo que podría considerarse un desacato. Sin embargo, aceptó que ya no estaba en el convento. Por primera vez, quería dar valor a su propia opinión.

Sin importar que fuera la madre de su marido, ya no estaba dispuesta a tratar con condescendencia a quienes solo buscaban herirla. Y eso también incluía a Susan.

Capítulo 25

Dante habría deseado mantener a todos al margen de su nuevo matrimonio, en especial al padre Alfred. Él era, irónicamente, el hombre de Dios que años atrás había bendecido su unión con Juliet.

Cuando Evans mencionó en su misiva que lady Margot había involucrado al sacerdote, llevándolo a la finca sin consultar siquiera a la nueva señora, Dante supo que debía intervenir de inmediato. No le preocupaba el juicio del clérigo, sino las palabrerías que su madre pudiera haber inventado para convencerlo de que su hijo estaba cometiendo un error irreparable.

—Lamento todo esto, padre Alfred. Mi madre ha llegado demasiado lejos —expresó Dante, ofreciendo sus disculpas con una cortés frialdad.

—Tal vez sea así, pero sigo sin entender por qué fuiste tan lejos para casarte, hijo. Tu señora madre tiene razón al guardar recelo ante la afrenta que esto significa para vuestro linaje.

—Puede que la tenga, pero eso no me obliga a seguir acatando sus órdenes. Me casé con Juliet porque ella y mi padre así lo quisieron; ni siquiera fue algo que yo buscara, simplemente obedecí y me adapté. Entregué todo de mí para que ella fuera feliz. ¿Acaso tuvo usted alguna duda del afecto que sentía por ella?

—Por supuesto que no, Dante. No habría bendecido esa unión con tanto orgullo si hubiese notado el menor desprecio. Solo que ella provenía de una familia aristocrática; lo lógico era perpetuar el legado uniéndote a su hermana. —La respuesta del sacerdote le arrancó un bufido de indignación.

—Mi madre debió de prometerle una donación muy generosa para que usted secundara sus palabras con tanta convicción —arguyó Dante sin recato.

El padre Alfred pareció ahogarse con su propia saliva y comenzó a toser con fuerza. Dante aguardó con impasibilidad hasta que el hombre se repuso de su repentino achaque.

—Ella es una mujer... muy generosa —adujo el clérigo tras beber el vaso de jerez que Dante le extendió.

—No lo dudo. Mi padre también lo era. ¿O ha olvidado cuánto le costó mi primer matrimonio? Él perseguía la perfección, y los apellidos de alcurnia son el mejor aditivo para esa receta. El problema de todos ustedes es que Ginebra no posee uno, pero para mí, eso ha pasado a ser irrelevante. De todos modos, aunque intentaran impugnar el enlace, seguiría prefiriendo tenerla a mi lado.

—Su gracia, ¿no cree que está siendo un tanto irracional?

—Ya lo fui en el pasado, padre. Ahora siento que tengo más cordura que nunca.

—Aun así, sigue teniendo un matrimonio de papel... y sin consumar.

—¿Tanto le preocupa ese detalle, padre Alfred?

—¡Cielos, hijo! ¿Por qué me haces una pregunta así?

—Eso mismo le pregunto yo a usted —repuso Dante, dejándolo sin habla—. Y le aviso que la intimidad es algo que decidiremos mi esposa y yo. Si lo requiere, enviaré la evidencia pertinente a la parroquia.

—No debería exagerar con sus comentarios, su gracia. Me causan serios sobresaltos.

Dante se puso en pie, para empezar a poner fin a la audiencia.

—De acuerdo. En cualquier caso, no es algo que le incumba —declaró. Antes de que el padre Alfred pudiera protestar, alzó una mano para silenciarlo—. Pensará que estoy siendo grosero, pero le aseguro que mi ducado mantendrá sus donaciones intactas.

—Espero que eso no sea un chantaje.

—Tómelo como desee, padre. Necesitados hay en todas partes, y créame que Ginebra sería la primera en oponerse si yo cesara mis obras de caridad —añadió Dante, logrando finalmente una pequeña risa del clérigo.

—Debe de ser una muchachita muy buena.

—No sé si «buena» sería el término correcto, pero su corazón es puro y su temple, admirable.

—Bien, siendo así, no tengo más objeciones. Me encantaría verlos pronto por la parroquia.

—Así será, una vez que Ginebra termine de adaptarse —concluyó Dante, despidiendo al hombre.

Una vez que estuvo solo, Dante suspiró hondo. Tomó los pliegos de la nulidad y los lanzó al fuego de la chimenea, observando con una satisfacción sombría cómo se consumían las pretensiones de su madre y los Clermont entre el crepitar de las llamas.

Sacó el reloj de su bolsillo: pronto sería la hora de cenar y la urgencia por ver a Ginebra lo golpeó con fuerza. Aquel pensamiento, unido al recuerdo del beso que le había robado en un arranque de pasión, lo hizo sonreír para sus adentros.

Se sentía, casi por primera vez en su vida, como un tonto enamorado.

Capítulo 26

Mientras caminaba hacia el comedor, Ginebra no se permitió sentir ni el más mínimo remordimiento por haber denegado la petición de la madre del duque. Ya había sido lo bastante dócil con anterioridad, acatando sus órdenes solo para ser desdeñada y viendo cómo denigraba, sin pudor, lo que ella siempre había atesorado como *virtudes*.

Nunca se consideró una mujer «buena»; el hecho de haber sido abandonada con la denominación de un licor escrito en un viejo papel —que aún conservaba en su costal— era un recordatorio constante de su origen. Pese a ello, su nombre, lejos de avergonzarla, le infundía un vigor renovado. Uno que necesitaría para confesarle, al duque, su determinación durante la cena.

Al llegar, él ya la esperaba. Dante se puso en pie de inmediato para retirarle la silla, pero al tenerla cerca, arrugó levemente la nariz antes de volver a su lugar. Ginebra se inquietó; dada su reacción, pensó que tal vez se había excedido con el baño y que, para su desgracia, olía mal.

Dante dio la orden al mayordomo y, de inmediato, el servicio comenzó a desfilar con los platos.

—Pensé que el padre Alfred nos acompañaría a cenar —comentó

ella para romper el hielo en cuanto quedaron solos.

Sabía que el eclesiástico estaba allí por sugerencia de su suegra y los Clermont, pero eso no restaba valor a la labor de los sacerdotes. En el convento de Santa Catalina, Ginebra había atendido a muchos, incluso al arzobispo de Canterbury.

Recordaba que al haber sido algo *excepcional*, trabajaron la semana entera puliendo todo, hasta el punto de que pudiera ver su cara reflejada en el metal de la copa.

—Lo he despedido temprano, pero me ha encomendado que te lleve pronto por la parroquia.

—¡Me encantaría! —exclamó ella, sin poder contener la emoción.

—De acuerdo, pero antes debes empaparte bien de cuál será tu papel como señora del ducado —mencionó él. Ginebra se mordió el labio al recordar que, por tradición, esa enseñanza correspondía a la duquesa viuda.

—Con respecto a eso...

—Sería lo ideal, pero mi madre no lo hará. Está totalmente descartado —respondió Dante, adivinando su duda.

—¿Lo dices en serio, Dante? —preguntó ella con tal naturalidad que ni siquiera reparó en que acababa de llamarlo por su nombre de pila.

Por la expresión de sorpresa de él, quedó claro que el duque sí lo había notado. Le sonrió con una calidez despreocupada que la hizo sentirse aliviada al instante.

—Quizá piensas que estoy enojado por haber desairado a mi madre, pero no es así. Ella no se ha comportado bien contigo como para merecer tu audiencia —añadió él, arrancándole una sonrisa.

—No era mi intención parecer descortés.

—No importa cuál fuera tu intención; ella es quien te debe respeto.

—Tampoco deseo hacerla sentir mal.

—Eso lo hará ella por sí misma cuando reflexione sobre su comportamiento, te lo aseguro —sentenció Dante con firmeza—. Ginebra, no eres culpable de nada. Mi madre emprenderá mañana su regreso a Harpur Hill. Allí está su casa, y esta... esta es la nuestra, y la de nuestros futuros hijos.

Ginebra casi hiperventiló ante aquella declaración. Tuvo que beber un sorbo de vino para mantener la compostura.

—Como usted lo desee, milord —dijo. Dante frunció el entrecejo ante el título.

—Si a ti no te satisface...

—¡Por supuesto que sí! —exclamó ella, elevando la voz más de lo previsto.

Dante le sonrió y, tras chocar su copa con la de ella en un brindis silencioso, la instó a comer. Durante la cena, le comunicó que Carlota iría la semana siguiente para enseñarle todo lo necesario sobre su desempeño como duquesa. La noticia la hizo muy feliz; ansiaba volver a ver a su única amiga.

Al terminar la cena, llegó el momento de retirarse a la habitación. La idea la hacía sentir turbada. Tras aquel beso robado en la puerta de su antigua alcoba, Ginebra intuía que, aunque Dante no la forzaría, esperaba una respuesta de su parte.

Ella fue la primera en dirigirse a la estancia compartida. Agradeció que él le diera espacio para prepararse. Hilda la asistió hasta que quedó lista para la cama, pero Ginebra decidió quedarse de pie junto al ventanal, observando el jardín oscuro mientras el corazón le martilleaba el pecho por la anticipación.

Un rato después, la puerta se abrió. Justo en ese instante, Ginebra se estaba olisqueando discretamente el brazo, temiendo que el olor del baño fuera el motivo de la extraña reacción de Dante. Se

volvió hacia él con una mirada ansiosa mientras él cerraba la puerta con calma y echaba la traba.

Imaginó que avanzaría hacia ella, pero Dante se detuvo a cierta distancia, observándola con fijeza.

—Huelo mal, ¿verdad? —le preguntó ella con la voz trémula.

—¿Cómo? —inquirió él, desconcertado.

—En el comedor... cuando me sacaste la silla. Tuve esa impresión —explicó, sintiéndose pequeña.

Dante soltó una risa suave y se acercó a ella sin demora.

—No sé qué demonios te pusiste, pero tu aroma me está volviendo loco —declaró.

Ginebra se quedó boquiabierta. Su respiración comenzó a agitarse a medida que él acortaba la distancia. Cerró los ojos cuando Dante se inclinó para hundir la nariz en el hueco de su cuello. El aire pareció solidificarse en su garganta al sentir el aliento cálido y masculino contra su piel.

—So-solo fue un baño... de flores y canela —susurró.

Dante detuvo su inspección y buscó su rostro, atrapando su mirada.

—En serio... me está volviendo loco. Por eso intentaba mantener la distancia —murmuró él, colocando una mano en su nuca para acercarla milímetro a milímetro.

Ginebra hizo un esfuerzo sobrehumano para encontrar su voz.

—Te deseo —expulsó las palabras con dificultad, sintiendo que apenas tenían fuerza para salir.

Dante volvió a sonreír. Acarició su nuca con una suavidad que la estremeció y, finalmente, unió sus labios a los de ella en un beso profundo. Ginebra abrió los ojos de par en par ante aquel nuevo y envolvente contacto, sintiendo que el piso se removía bajos sus pies.

Capítulo 27

El beso que le dio esta vez fue tan arrasador que le hizo temblar las piernas; Ginebra tuvo que aferrarse a su cuello para no desplomarse. Dante apenas se separó lo justo para permitirle tomar una bocanada de aire y recuperar un gramo de cordura, solo para arrebatársela de nuevo al volver a besarla con una urgencia renovada.

Él la tomó por los muslos, instándola a treparse a sus caderas. Ginebra abrió mucho los ojos al sentir la dureza que se presionaba contra su entrepierna.

—No te asustes —le susurró él al oído, antes de besarle la mejilla y el cuello. Ella atenazó sus piernas alrededor de aquellas caderas firmes y duras, aferrándose para no resbalar mientras él la llevaba a cuestas hasta la cama.

La depositó con una delicadeza extrema sobre las suaves almohadas. Dante no hizo nada más de inmediato; se quedó apoyado sobre sus manos y rodillas, observándola bajo la tenue luz con una intensidad que la quemaba.

—¿Por qué te... detienes? —preguntó ella en un susurro cargado de timidez.

Dante curvó los labios en una sonrisa lenta.

—Solo quiero estar seguro de que tú lo estás.

—Ya lo estoy.

—En ese caso, comprobemos si es cierto —arguyó él, incorporándose de rodillas para despojarse de la camisa.

Ginebra sintió que el aire se le atascaba en los pulmones al ver la musculatura oculta bajo la tela. El torso de Dante era fuerte, adornado por un vello oscuro que le confería un aire salvaje. La garganta se le secó por completo. Nunca había visto a un hombre desnudo, y sabía que lo que seguía implicaba verlo tal como Dios lo trajo al mundo.

Dante volvió a inclinarse sobre ella. Deslizó su mano grande y fuerte bajo el camisón, haciéndola transpirar de inmediato. Él alzó las cejas al notar que Ginebra no llevaba nada debajo, ni siquiera las enaguas.

—¿Q-qué haces? —tartamudeó ella, incapaz de controlar el temblor que recorría su cuerpo cuando él le acarició la entrepierna.

Su boca se abrió en un gemido involuntario cuando los dedos largos de Dante la tocaron en su intimidad.

—Estoy comprobando si de verdad estás segura —dijo él con picardía, deleitándose en su reacción torpe y en los pequeños jadeos que ella soltaba ante cada caricia.

Al principio, por puro instinto, Ginebra intentó rehuir el contacto, pero pronto se dejó llevar por la marea de sensaciones. Él no dejó de mirarla ni un segundo, bebiéndose con la boca cada uno de sus sonidos hasta que el cuerpo de ella comenzó a vibrar.

Sintió una mezcla de algo cálido, doloroso y delicioso que arrasaba su bajo vientre. Cerró los ojos con fuerza, atrapando la mano de Dante entre sus muslos hasta que la marejada se disipó, dejándola con un temblor residual en cada fibra de su ser.

—Eso... —intentó pronunciar, pero Dante devoró sus palabras.

Ahora su boca sabía a pecado y a un fuego que amenazaba con

convertirla en cenizas para luego esparcirlas y obligarla a renacer en cada pausa. Él se detuvo solo para retirarle el camisón, desnudándola por completo.

—No te cubras —le ordenó con voz firme, deteniéndola cuando ella intentó ocultarse por impulso.

La vergüenza y el pudor la invadieron bajo aquella mirada escrutadora. Apartó las manos de su pecho y su entrepierna, sintiendo cómo el escrutinio de su mirada le encendía todo el cuerpo.

—¿En serio no huelo mal, Dante? —preguntó de nuevo, abrumada.

Él soltó una risa baja y profunda. Se volvió para despojarse de los pantalones, y el corazón de Ginebra martilleó con una fuerza violenta. Su entrepierna dolió cuando vio *aquello*, su grande y firme virilidad. De inmediato recordó todo lo que le habían enseñado sobre el origen del pecado y las *perversiones*.

—¿Te asusta? —le preguntó él con voz grave.

Ella negó con la cabeza. Se incorporó levemente y extendió la mano, con la palma abierta, deseando tocarlo, pero conteniéndose en el último segundo. Dante le tomó la mano y la guio hacia su miembro. Los ojos de Ginebra se dilataron al percibir la dureza y el calor que emanaba de él.

—¿En serio quieres seguir?

Tragó con fuerza. Lo que veía le parecía casi inhumano, pero su propio centro reclamaba aquel contacto. Ahora que tenía la certeza de que no olía mal, debía mostrarle la misma convicción. Asintió y se dejó caer de nuevo sobre el colchón, abriendo las piernas en una invitación silenciosa.

Dante le dedicó una sonrisa antes de posicionarse sobre ella, despacio, hasta acomodarse entre sus muslos. El cuerpo de Ginebra

vibró al sentir la piel desnuda pegada a la suya. Soltó un gemido agudo cuando él inició la penetración.

Dante no decía nada, pero su mirada le indicaba que estaba allí, con ella, fundiéndose en un solo ser. Sus labios se unieron a los de Ginebra justo cuando él la llenó por completo, ahogando en un beso aquel primer grito donde se mezclaron, finalmente, el dolor y el placer.

Capítulo 28

Dante fue el primero en despertar. La estancia aún permanecía en penumbras, aunque los tenues rayos de sol ya se filtraban por las hendijas de las cortinas. Decidió no abrirlas; en su lugar, encendió una nueva vela en el candelabro, pues la anterior se había consumido durante la noche, dejando que la oscuridad los arropase mientras sus cuerpos insaciables se fundían en el placer.

Sintió una pizca de culpa por haber amado cada rincón de aquel cuerpo sin darle tregua casi ni para dormir. Tras encender la llama, se quedó admirándola en silencio. Ginebra era el trago más dulce y delicioso que jamás hubiera probado, hasta el punto de embriagarse con él. Al fin, ella era *suya*.

Contempló su cuerpo desnudo, enredado entre las sábanas blancas que contrastaban con su cabellera azabache. A sus ojos, le pareció una criatura *etérea*, hermosa, más que cualquier mujer que hubiese mirado antes por mera curiosidad.

Se colocó una bata y se sentó en el sillón frente a la cama. Consultó su reloj de bolsillo: eran casi las nueve de la mañana. Se felicitó internamente por haber dado la orden de que no los molestaran hasta las diez.

Ella empezó a removerse y Dante se mantuvo atento a cada

movimiento, deseando ser lo primero que ella viera al despertar. La vio incorporarse y parpadear con lentitud, hasta que sus ojos se fijaron en él. Las cejas de Ginebra se alzaron con sorpresa.

—Buenos días, mi amor —la saludó él, permitiéndose un matiz romántico que hacía mucho no mostraba.

Ella le sonrió, pero en cuanto comprendió que él no era un fantasma, sino una presencia muy real en la habitación, tiró de la sábana para cubrirse de inmediato.

—¡Cielos! —barbotó, escondiéndose bajo la capa de suave tela.

—¿Es que ya no se dan los buenos días? —preguntó él con tono burlón.

—Lo siento... estoy impresentable —dijo ella, desde su escondite bajo la sábana.

Dante soltó una carcajada, se metió de nuevo en la cama y la rodeó con sus brazos.

—Eso no es un problema para mí, considerando que estamos en nuestra cama.

—No te burles de mí.

—Está bien, no lo haré. Solo quiero saber si estás bien —expresó con genuina calidez.

Ella apenas asomó el rostro al descubrirse un poco.

—¿Te molestarás si confieso que estoy algo adolorida? —preguntó, logrando que él resoplara divertido ante el ingenio de sus preguntas.

—De ningún modo —respondió. Unos ruidos provenientes del cuarto de baño lo hicieron sobresaltarse—. Ya deben de estar preparando la tina. Tomaremos un baño juntos mientras cambian las sábanas.

—¿Es necesario?

—Muy necesario —recalcó él con firmeza.

Ginebra lo miró con curiosidad; él supo de inmediato que una duda le rondaba la mente.

—Tu madre se marcha hoy, ¿no vas a despedirla?

—No hay necesidad alguna.

—Dante... —susurró ella su nombre como un ruego.

—Después de lo que intentó hacer, aún no quieres que la odie, ¿verdad?

Ginebra negó con la cabeza y él la estrechó con fuerza contra su pecho. Era pequeña, pero su cuerpo suave encajaba a la perfección con el suyo. Recordó lo sucedido la noche anterior y, por un instante, temió haber sido demasiado rudo, y fue sorprendido en su propio ego.

Cuando el ruido al otro lado cesó, supo que todo estaba dispuesto. De un impulso, se puso de pie con ella en brazos, dejando caer la sábana al suelo, y la cargó hasta el cuarto de baño. Al entrar, el aroma a flores de crisantemo y manzanilla los golpeó como un torrente relajante.

Dante le había preguntado a Hilda sobre el baño de hierbas y, tras conocer los ingredientes, estimó que por el momento era mejor excluir la canela si quería mantener un poco de control. El cuarto no tenía ventanas, solo grandes vitrales que permitían la entrada de una luz cenital que lo iluminaba todo de forma natural.

Él se sumergió primero en el agua tibia y aromática, invitándola a seguirlo. Ginebra caminó despacio, casi contando sus pasos, permitiendo que él se deleitara con su visión: un ángel despojado de su túnica. Dante observó, con un renovado sentimiento de culpa, las marcas rosadas en aquel cuerpo blanco como el mármol; secuelas mudas de su ardorosa noche de placer.

Ella entró en la tina y Dante la recibió contra su pecho, regodeándose en la sensación de tenerla encima, con sus pechos

pequeños y sonrosados presionados contra su piel. Exhaló profundamente, liberando la tensión de ambos.

—Yo no la odio —dijo ella, mientras él le acariciaba el cabello largo que flotaba en el agua.

—Mi madre se marchará por la tarde. Puedes despedirte de ella si lo deseas.

—Lo haré. Ella no es mala, Dante; solo cree que hace lo mejor para el apellido. Yo nunca tuve uno, así que no puedo entenderlo del todo. Pero ahora cargo con el tuyo y quizá lo comprenda con el tiempo.

—Te aseguro que solo tendrá el peso que tú quieras darle.

—Pero lo luciré con orgullo porque es tuyo —repuso ella, acomodándose para mirarlo directamente a los ojos.

Se inclinó hacia delante y le plantó un besito en los labios que lo dejó atónito.

—Solo ha pasado una noche y ya te estás volviendo atrevida, duquesa.

—Nunca lo he sido, solo estoy... probando —adujo ella con una inocencia que desarmaba cualquier reproche.

Entonces, sus cejas se alzaron cuando ella comenzó a buscarlo bajo el agua con su mano.

—Ginebra... —Él se quedó sin palabras cuando sintió sus delicadas caricias—. Pensaba que lo de anoche había sido demasiado para ti.

Ella le sonrió con dulzura.

—¿Milord se molestará si quiero probar un poco más?

Aquella pregunta terminó de derribar sus defensas. Dante no poseía el autocontrol necesario para rechazarla; de hecho, lo había perdido en el mismo instante en que ella dio el primer paso hacia la tina.

—Jamás —sentenció, tomándola por las nalgas para abrirla hacia él y sumergir su miembro, de nuevo endurecido, en la suave y dulce profundidad de su adorable esposa.

Capítulo 29

Ginebra se sentía dichosa, completa e incapaz de albergar queja alguna. En realidad, nunca se había lamentado de su suerte; no por conformismo, sino porque esa era su naturaleza serena. Sin embargo, aquello no significaba que fuera una santa. Simplemente era demasiado honesta con sus sentimientos, una virtud que le había costado descubrir, pero que ahora aceptaba con orgullo.

—Vamos, mi madre ya se marcha —avisó Dante, quien se había dedicado a ella con devoción durante toda la mañana.

Asintió y lo acompañó al salón principal, donde la duquesa viuda aguardaba mientras, en el exterior, terminaban de estibar su equipaje en el carruaje. Lady Margot se puso en pie al verlos entrar, recuperando su máscara de superioridad.

—Seguro que estás encantada de que me marche —espetó la mujer.

—Madre... —gruñó el duque con tono de advertencia.

Ginebra, lejos de intimidarse, le sonrió. Se desprendió del agarre protector de Dante y se acercó a la mujer con paso firme.

—No lo estoy, milady. No me molestaría en absoluto que se quedara.

—Debes de estar bromeando, muchacha.

—No, milady. Al final, que usted se marche es también una decisión suya —adujo Ginebra, dejando a la mujer sin palabras por primera vez.

Lady Margot se sacudió la sorpresa aclarándose la garganta, intentando recuperar el terreno perdido.

—Nunca serás mejor que Lucy. Estoy segura de que mi hijo recuperará la lucidez pronto y se dará cuenta.

—Madre, estoy bastante cuerdo. Ginebra no necesita cumplir los estándares de nadie, solo los suyos propios. Serás bienvenida en esta casa cuando lo desees.

—Tal vez vuelva cuando se te haya pasado el encanto de la novedad.

—Entonces presumo que no volverás nunca —repuso el duque, provocando un resoplido de indignación en su madre.

Lady Margot pareció descomponerse por un instante, una sombra de pena cruzó su rostro, pero se la sacudió enseguida para volver a verse altiva.

—Está bien —dijo—. Volveré para conocer a mi primer nieto.

Ginebra sonrió ante lo que intuía era una provocación. Entendió que el ardid de su suegra apuntaba a su condición de huérfana, sugiriendo que, al ser hija de una madre que no la quiso, ella podría llevar ese mismo desapego en la sangre. Pero lady Margot se equivocaba: Ginebra estaba convencida de que jamás repetiría un error del cual ella no era culpable. Lo había decidido cada vez que veía llegar a un nuevo bebé al orfanato.

—Así será, milady —respondió Ginebra, lanzándole a Dante una mirada cargada de admiración.

Lady Margot soltó una risa incrédula y, tras despedirse con un gesto seco, abordó el carruaje rumbo al lejano pueblo de Harpur Hill.

—No te preocupes, cumplirá su palabra —le aseguró Dante, tomando su mano para besarla mientras contemplaban cómo el carruaje se alejaba, levantando una polvareda que pronto se disipó en el camino.

Después se retiraron al despacho. Ginebra no había olvidado sus obligaciones: debía responder a las cartas de la abadesa y de la entrañable hermana Fran. Dante la instaló en su propio escritorio, dándole todo lo necesario mientras él se sumergía en la lectura de un libro, simplemente disfrutando de su compañía.

Al terminar, Ginebra lacró los sobres con el sello del duque; una marca que de momento la representaba también a ella, hasta que él mandara fabricar el *suyo* propio. Dejó las cartas en la bandeja de salida y fue a sentarse al lado de su esposo.

—Hay algo que no te he dicho —soltó, captando su atención de inmediato.

Dante se enderezó, cerrando el libro.

—¿Ya terminaste con tus cartas? ¿De qué se trata?

—De lady Foley —respondió ella, haciendo que él alzara las cejas —. El anuncio de su próxima visita llegó junto con las cartas del convento.

—¿Le has contestado?

—No, pero asumo que vendrá de todos modos —suspiró ella.

—Aún estás a tiempo de pedirle que no venga, Ginebra. Dudo mucho que su visita te haga bien.

—Quisiera decir que la odio, pero no puedo. Sin embargo, hay otra razón por la que me inquieta su llegada.

—¿Cuál?

—Antes de que llegaras al convento a hablar con la abadesa, Susan vino a mí. Me aseguró que vendrías a pedir mi mano porque lo habíais planeado juntos —reveló Ginebra, sintiendo un alivio

inmenso al soltar aquella carga.

Dante se quedó estupefacto. Un leve tinte de rabia oscureció su mirada.

—¿Y por un momento le creíste? —le cuestionó con voz tensa—. Dímelo.

—Al principio sí... porque hiciste exactamente lo que ella predijo —respondió bajando su cerviz.

Él soltó una risa amarga, negando con la cabeza.

—Me temo que Foley cometió la peor equivocación de su vida al aceptarla, pero su error se convirtió en mi mayor premio.

—Milord...

Dante la tomó de la mano, la sentó en su regazo y la estrechó contra su pecho con una fuerza que le devolvió el aliento.

—Susan debió de escucharme cuando hablaba con James sobre averiguar qué había pasado en realidad. Foley no estaba contento con el cambio de novias, mi intención fue genuina y determinada cuando le propuse a la abadesa convertirte en mi esposa. Jamás tuve ninguna conversación privada con esa mujer.

—Te creo, Dante. Pero sigo sin entender por qué ella querría hacerme pensar algo así —respondió sin vacilar.

Le sobraban razones para creerle, así como para desconfiar de Susan.

—Tal vez quería asegurarse de que no fueras feliz, incluso siendo duquesa —adujo él.

Ginebra esbozó una sonrisa, acomodándose con gratitud en su abrazo.

—Lo soy. Lo soy desde el momento en que me defendiste de la señora Mansfield cuando intentó vestirme a su manera.

—A Dios gracias intuí sus intenciones y no logró disfrazarte. Apuesto a que te verías bien con cualquier prenda, Ginebra, excepto

con las de esa mujer —bromeó él, relajando el ambiente—. ¿Me crees, entonces, cuando te digo que nunca crucé una palabra con ella?

—Sí —reafirmó ella, sellando la confianza.

Dante le tomó las mejillas y la besó con una suavidad que pronto se tornó en fuego. La recostó con delicadeza sobre el cómodo sofá del despacho, quedando sobre ella.

—¿Recibirás a Susan de todos modos? —le preguntó con voz ronca y seductora, mientras su dedo trazaba el borde de su discreto escote cuadrado.

—Lo haré —contestó ella, agarrando la corbata de Dante y tirando de esta para besar sus labios, con la confianza y la osadía corriendo por sus venas.

Él no necesitó más invitación. Respondió al beso con la misma devoción con que ella lo besaba, y sin demora se acomodó entre sus piernas, transformando el despacho en su nuevo y furtivo santuario privado.

Capítulo 30

La semana transcurrió y *una nueva* llegó para Ginebra. Tras la partida de lady Margot y los Clermont, se preparó mentalmente para recibir a la que alguna vez llamó «hermana». Susan había enviado una nueva carta anunciando que su llegada era inminente.

Después de todo lo vivido, Ginebra se sentía con el valor necesario para admitirla, e incluso para enfrentarla. La había amado como a una hermana, y aunque no la odiaba con un rencor incriminatorio, le había perdido todo el cariño. Por dentro, la consumía la curiosidad: quería saber, después de su horrible traición, cómo Susan era capaz de visitarla como si nada hubiera ocurrido. Dante, aunque absorto en su trabajo, reservó aquel día para permanecer a su lado.

Estuvo en vilo hasta que, pasado el mediodía, un carruaje polvoriento se detuvo ante la mansión con más equipaje del que cualquiera hubiera creído necesario.

—¡Ginebra! —exclamó Susan apenas se apeó, corriendo casi hacia ella.

La estrechó en un abrazo cargado de una emoción que Ginebra fue incapaz de corresponder.

—No deberías haber venido, Susan —le dijo fríamente en cuanto

logró desprenderse de ella.

—Gini, acabo de llegar..., el viaje ha sido agotador. ¿Por qué no me ofreces algo de beber primero? Estoy sedienta —manifestó Susan, intentando enlazar su brazo al de su amiga con la confianza de antaño.

Ginebra se mantuvo firme, como una roca frente a la marea.

—No puedes hospedarte aquí —le dijo con una firmeza que borró de golpe la sonrisa amistosa del rostro de Susan.

—¿En serio? —preguntó esta, fingiendo sorpresa—. ¿Se lo dices a la persona que te ayudó a conseguir todo esto?

Esa última imprecación la soltó bajando la voz, solo para los oídos de ambas. Dante se hallaba a una prudente distancia, cumpliendo la petición de Ginebra: esa mañana ella le había rogado que la dejara lidiar sola con Susan, y él, a regañadientes, había aceptado.

—También lo dice la persona que casi muere por tu ambición de cazar a lord Foley. ¿Por qué no has venido con él? —la increpó Ginebra.

Susan se mostró incómoda por un instante, pero recuperó la compostura con una sonrisa gélida.

—Porque le dije que necesitaba espacio. Como es tan lindo conmigo, me lo concedió.

En ese momento, el mayordomo acudió a buscar al duque por un asunto urgente. Dante tuvo que marcharse, no sin antes lanzar a Susan una mirada cargada de resentimiento.

—No te creo —sentenció Ginebra en cuanto quedaron solas.

—De todos modos, me da igual si lo haces o no. James no es el marido devoto que esperaba. Sabes que, en cuanto llegamos a mi residencia en Sandringham, metió a una amante en casa, y he tenido que soportarlo todos estos meses.

—¿No acabas de decir que era lindo contigo?

—Solo cuando el sexo es bueno —soltó Susan con desprecio—. Una vez que consigue lo que quiere, me hace a un lado como un mueble más de esa casa.

—Entonces deberías separarte.

—No es tan fácil. Y tú no creas que lo tuyo será distinto. Lord Forrester se aburrirá de ti más pronto de lo que crees y te encontrarás exactamente en mi situación.

Ginebra respiró profundo. Sabía que no debía darle crédito; Susan ya no era su amiga y era capaz de cualquier mentira para manipularla. Dante regresó poco después y se acercó a su esposa.

—Deja que se quede —le susurró, desconcertándola por completo. Luego se volvió hacia la invitada con una frialdad cortante —. Mi amigo el barón debe de echarla mucho de menos, lady Foley.

Susan estalló en una risa forzada.

—Ha preguntado mucho por usted estos días, su gracia. Está preocupado porque no volvió a hablarle. Debería contarle la verdad —arguyó con denostada socarronería.

—Tal vez ya no pueda escucharla —espetó Dante con voz gélida.

Susan soltó un bufido de indiferencia. Ginebra, confiando en el buen juicio de su marido, pidió que la instalaran en uno de los cuartos de invitados. Susan se regodeó al aceptar la hospitalidad, alardeando de que incluso el duque sabía que estaban «en deuda» con ella.

Esa noche, tras una cena tensa, se retiró a descansar para reponerse del cansancio del viaje. Ginebra y el duque se encerraron de inmediato en el despacho.

—Creí que no estabas de acuerdo con que se quedara —dijo ella, buscando respuestas.

Incluso ella había admitido que no podía tolerarla. No quería

hacerlo. No después de que había trazado sus destinos para su conveniencia.

—Ha llegado un correo de Norfolk —respondió él, acabando con sus cavilaciones, y le extendió el pliego.

Ginebra leyó la carta llenándose de horror con cada letra escrita con trazos temblorosos por la mano del barón, hasta que dejó que el papel se deslizara de sus dedos para caer al suelo. Al fin entendía la sombría expresión de Dante sobre James Foley. Como un mal augurio. La carta databa de hace tres días, justo cuando el barón empezó a padecer los mismos síntomas que casi la mataron a ella, meses atrás.

En aquellas líneas desesperadas, James le advertía a su amigo que la *zorra* con la que se había casado lo estaba envenenando para quedarse con su fortuna. Y que, para cuando la carta llegara a sus manos, probablemente él ya estaría muerto.

Capítulo 31

Dante sabía que tenía una conversación pendiente con su amigo Foley; sin embargo, jamás habría deseado que la *muerte* se le adelantara para poder saldarla. No fueron amigos solo de copas y algunas camaraderías. Lo eran de años, desde antes de casarse con Juliet, cuando se conocieron en una de sus reuniones en el Parlamento. El barón siempre acudía allí por obligación. En cambio, él, porque era su deber.

Pese a ello, meditó en que su único error, a ojos de la sociedad a la que pertenecía, había sido tomar a Ginebra como *suya*, sin preguntar la opinión de nadie; y aunque amarla con una locura creciente no lo eximía de la *culpa* de aquel «robo», el hecho de que su unión no hubiera *alejado* a Susan del barón era lo que agravaba su pesadumbre.

La noticia del fallecimiento de lord James Foley llegó tres días después, justo cuando preparaba el viaje para ir a visitarlo, luego de recibir esa fatídica confesión, convirtiéndose en un golpe seco y demoledor a su conciencia.

Cuando Ginebra le comunicó la noticia a Susan, esta se mostró tan consternada que se encerró a llorar durante todo el día. Una reacción propia del dolor, tan inequívoca por las circunstancias, pero

la razón definitiva para concretar el viaje, llevando consigo la carta que su amigo le había enviado, donde James la acusaba sin reservas de traición e intento de asesinato. Por ello, le alivió que su prima Carlota llegara a tiempo; odiaba la idea de dejar a Ginebra lidiando sola con el ambiente enrarecido de la finca, ya que él se vería obligado a viajar junto a Susan.

Le dio una paz inmensa ver a su esposa feliz, refugiada en los brazos de su prima. Lo último que deseaba era que Ginebra se perturbara con los detalles del viaje, especialmente por las mentiras que Susan le había sembrado sobre él.

—Me he enterado de la noticia y no sé si sentir pena o alivio por la repentina partida de lord Foley —mencionó Carlota, fiel a su afilado humor negro, mientras los tres se encontraban en el despacho.

—¡Cielos, Carlota! —exclamó Ginebra, escandalizada.

—¿Y qué? No creo que pueda maldecirme desde su tumba por decir la verdad —bromeó la prima, poniendo los ojos en blanco.

El mayordomo interrumpió para informar la llegada del secretario, a quien Dante dejaría nuevamente al frente de sus asuntos. Tras arreglar los últimos detalles, y mientras Carlota descansaba del trayecto y Susan preparaba sus maletas, Dante buscó un momento a solas con Ginebra.

—Quiero que no dejes de confiar en mí. Sabes que no emprendo este viaje junto a esa mujer porque lo desee, sino porque las circunstancias me obligan a escoltar a la viuda de mi amigo.

Ginebra guardó silencio y él la estrechó contra su pecho, buscando transmitirle su fortaleza.

—Lo entiendo, Dante. Ya no dudo de ti. Quiero pensar que Susan no es capaz de algo tan atroz, pero yo viví su engaño en carne propia... y me aterra que quiera hacerte lo mismo a ti.

—Lo dudo. En el fondo, debe de estar aterrorizada ante la posibilidad de que la descubran.

—Lo harán. Y sospecho que este podría ser su último viaje como una mujer libre —anunció su esposa, lo que le arrancó una risa teñida de melancolía.

—¿Qué te hace gracia, mi amor? —preguntó el duque.

—La torpeza de Susan. Si yo hubiera muerto en aquel entonces, no habría pasado nada; me habrían enterrado en una fosa común del orfanato con una cruz de madera que dijera «Ginebra». Pero James era lord Foley. No lo dejarán descansar hasta que ella pague por lo que hizo.

—Sé a qué te refieres, pero doy gracias al cielo porque eso no sucedió y estás aquí, viva y a mi lado.

—Sí —esbozó ella con una sonrisa tranquila y un poco triste.

Dante la besó con ternura en la frente y luego en los labios, sellando una promesa de retorno. Poco después, Carlota, Hilda y el mayordomo entraron en el salón. Susan apareció finalmente, vestida de luto riguroso de pies a cabeza, como si hubiera preparado aquel atuendo con una macabra anticipación.

—Todavía no puedo creerlo... Hace solo unos días lo dejé bebiendo vino, tan alegre con sus amigos, y ahora esto. Nunca imaginé que quedaría viuda tan pronto —sollozó Susan con una voz cuyo dolor sonaba impostado a oídos de los presentes.

Se abrazó a Ginebra con fingido afecto y, cubriéndose el rostro con el velo negro, subió al carruaje. Dante, por su parte, prefirió montar a caballo. Era la primera vez que lo hacía desde la muerte de Juliet, porque se había negado a sostener unas riendas durante años. Sin embargo, en cuanto se vio sobre la montura y sintió el cuero en sus manos, descubrió cuánto lo había extrañado y cuán necio había sido al privarse de un pasatiempo que le encantaba.

Mientras tomaban el largo camino hacia Sandringham en Norfolk, Dante meditó en lo que le había dicho a Ginebra: que las cosas solo tienen el peso que uno decide darles. *Aquello* también se aplicaba a él y a su pasado.

Ahora estaba cabalgando hacia la justicia que sentía como una gran *deuda* hacia su amigo Foley. Decidió que dejaría atrás esas cenizas, para proteger el futuro, al haber sido hechizado por los ojos claros y vibrantes de una hermosa huérfana*,* llamada *simplemente* Ginebra.

Capítulo 32

Había transcurrido una semana desde que Dante partió hacia Sandringham para el funeral de Foley, y tres desde la única carta que llegó tras su partida, avisándole que los trámites legales lo *obligarían* a demorarse unos días más.

A pesar de contar con la compañía constante de Carlota, de la lealtad de Hilda y del bullicio de la finca, Ginebra se sentía inquieta. Intentaba confiar en que Dante regresaría pronto con noticias, pero la preocupación le carcomía el pecho, alimentando mil conjeturas sobre lo que podría estar sucediendo en aquella sombría situación.

Tal como Dante había sugerido, lady Finch comenzó una serie de lecciones intensivas sobre el protocolo y las responsabilidades que Ginebra debía asumir como duquesa. Pese a la zozobra, ella atendió cada instrucción con una diligencia admirable. Al principio, dada su sencilla educación, le pareció un mundo inalcanzable; jamás se habría imaginado organizando su primer baile de etiqueta.

Lo más curioso —y frustrante al mismo tiempo— para ella era que ni siquiera sabía bailar. Carlota soltó una carcajada de incredulidad cuando se lo confesó, pero de inmediato incluyó clases de danza en su itinerario. Aquello, sumado a la gestión de la finca, la mantuvo lo suficientemente ocupada como para mitigar, aunque

fuera un poco, la ausencia de su marido.

Sin embargo, el tiempo avanzaba y el silencio de Dante pesaba. Hasta que, tres días después, Carlota llevó el diario con una crónica estremecedora: la muerte del barón James Foley había sido declarada un asesinato premeditado por un *lento* envenenamiento con ricino. Las acusaciones recaían sobre su joven viuda, quien ahora se enfrentaba a la pena de muerte en la horca.

Ginebra tragó con fuerza al leer el titular. La prima le quitó el diario de las manos con un gesto protector.

—Supongo que ahí tienes la razón por la que Dante no ha vuelto. Como amigo cercano, debe de estar acompañando a la familia y testificando en el proceso.

—¿Crees que la condenen? —preguntó Ginebra, abrumada por el destino de quien fuera su amiga.

—No entiendo mucho de leyes, pero las pruebas parecen definitivas. Tendrá que enfrentarse a su juicio.

—Susan está sola... igual que lo estuve yo.

—Ese no es motivo para asesinar a nadie, por muy indecente que fuera la persona. Supongo que su ambición por el dinero de Foley pudo más que su prudencia, aunque en su lugar yo no me habría arriesgado a tanto —repuso Carlota con su habitual ironía.

—Tienes razón —asintió Ginebra con una risa desganada.

—¿Qué te parece si empezamos con los preparativos de tu primera velada como anfitriona de esta casa?

—¿Estará bien hacerlo sin Dante?

—Aunque él lo desee, no podrá estar siempre a tu lado, Ginebra. Debes aprender a gestionar estos eventos sola. Todos en el condado deben saber que el duque tiene una esposa diligente, responsable y capaz —explicó Carlota con autoridad.

Ginebra sintió que era un reto demasiado grande, pero admitió

que su prima tenía razón. No podía amedrentarse.

La carta definitiva de Dante llegó dos días después. Le informaba del estado del juicio y de cómo no sería necesario que ella testificara sobre el veneno, así el convento no sería implicado, y ella agradeció la consideración. Se había descubierto que Susan tenía un amante y cómplice con quien planeó el crimen, y este ya había confesado. Al final de la misiva, Dante le confesaba que contaba los minutos para volver a abrazarla.

Aquella noticia le devolvió la luz a la mirada. No se permitió sentir pena por Susan; porque en sus amonestaciones diarias había aprendido que cada cual recibía el pago de sus propias decisiones. Guardó la carta contra su pecho y corrió a buscar a lady Finch.

—He decidido que la celebración sigue en pie —manifestó, asumiendo por fin el peso de su título.

—Me parece una idea excelente —secundó Carlota.

Se pusieron manos a la obra. Junto al secretario, redactaron la lista de las familias más influyentes de Downham. Las invitaciones fueron enviadas por parte de Ginebra con temor y expectación; y luego de una tensa espera, solo para el tercer día empezaron a llover las confirmaciones, haciéndolas saltar de alegría.

La razón era clara: todos estaban expectantes por conocer a la *nueva* esposa del duque de Forrester, sobre quien circulaban rumores tanto buenos como *desfavorecedores*. Aun con ese antecedente, Ginebra decidió enfrentar el reto que la desligaría para siempre de la sombra de Susan, celebrando mientras *ella* se enfrentaba a las consecuencias de sus *propios* errores, recordando esa vieja amonestación sobre la justicia divina.

No impartida por los hombres, sino por el mismo Dios.

***

Llegó el día del tan anunciado baile que revolucionó todo Downham, y la finca Forrester brilló con un esplendor que no se veía en años de quietud por el perpetuado luto. Los invitados comenzaron a llenar el gran salón, decorado con esmero bajo la impecable guía de lady Finch y el reluciente brillo de las arañas de cristal.

Ginebra estaba dominada por los nervios; con la ausencia del duque, ella era el centro de todos los murmullos y miradas. Trató de dar la mejor impresión, pero el protocolo se le hacía pesado ante las constantes menciones sobre la falta que hacía el señor de la casa.

No obstante, se mantuvo estoica. Carlota, a su lado, le recordaba a cal y canto que lo mejor que podían hacer las damas nobles era dar de que hablar para mantener la relevancia, y ella tenía más razones para hacerlo y por las que Dante no la reprendería.

—Tal vez no fue buena idea, después de todo —le susurró al oído, sintiéndose abrumada.

El peso de las miradas casi empezaba a empequeñecerla.

—Lo has hecho muy bien hasta ahora, Ginebra, incluso estoy sorprendida de que no te hayas desmoronado. —Rio Carlota con humor, luego calló poniendo cara de seriedad—. ¿Por qué no sales a tomar un poco de aire al balcón? Te hará bien para reponer los ánimos, la noche todavía no acaba —le sugirió con firmeza.

Ginebra cedió asintiendo. Necesitaba un respiro, y como bien le decía, la noche sería larga y agotadora, y tal vez la semana, con lo que se comentaría de ella después de su arriesgada primera apuesta: celebrar con su marido lejos.

Decidió tomar el consejo y no pensar más en ello. Salió al balcón, observando con anhelo la entrada iluminada por las antorchas.

—¿Parece que sigues esperando que alguien más entre por esa

puerta? —preguntó una voz conocida, grave y profunda, desde la oscura esquina.

Ella se giró de inmediato y se encontró con Dante, vestido con su impecable levita negra de gala, caminando hacia ella. No lo podía creer. Sin pensarlo dos veces, se lanzó a sus brazos para comprobar que era real y no producto de su ansiosa imaginación.

Cuando él la rodeó con sus brazos, dejó que las lágrimas de alivio brotaran mientras él la estrechaba con fuerza.

—¿En serio eres tú?

—Sí, no soy un fantasma, aunque ya estaba sintiendo que me congelaba si no salías rápido.

—¿Por qué no me avisaste que habías llegado? —preguntó, temblando de la emoción.

—Porque quería darte la sorpresa, mi amor —respondió él. Antes de que ella pudiera reclamarle nada más, la tomó de los hombros y la besó con una pasión desenfrenada, robándole hasta el último aliento.

Ginebra sonrió de alivio y dicha.

—No sabes lo feliz que me hace que ya estés aquí.

—Lo sé, y he escuchado que muchos preguntan por mí ahí dentro —repuso él risueño, tomándola de la mano para guiarla de vuelta al salón.

—Muchísimos —respondió ella, aún agitada por la sorpresa—. ¿Carlota sabía que volverías hoy?

—Sí, y extrañamente, con lo parlanchina que es, fue capaz de guardarme el secreto —contestó Dante con diversión.

A Ginebra le encantó verlo sonreír de nuevo, pero sobre todo, sentir su mano firme y protectora entrelazada con la suya.

—No quiero que vuelvas a ausentarte de esa manera —gimió el reclamo, ignorando las lecciones de independencia de lady Finch.

Sabía que no podría acostumbrarse a ello porque siempre lo echaría en falta.

—Está bien, no lo haré —prometió él, sorprendiéndola.

—Carlota dice que tendrás que viajar a menudo y no sé si podré soportarlo —murmuró con desaliento a pesar de la expectación.

—No le prestes tanta atención, solo intenta molestarte. Además, la próxima vez que salga de viaje, tú vendrás conmigo.

La mirada de Ginebra se iluminó por completo en su rostro.

—¿Lo dices en serio?

—No tengo por qué mentirte, mi amor —la llamó con ese tono romántico que ya estaba extrañando.

—¿Y a dónde iremos? —preguntó mostrándose muy animada.

—A nuestra luna de miel. Tal como te lo prometí.

Esta vez fue Ginebra quien lo atrajo para besarlo.

—Te amo, Dante —confesó, sintiendo que tenía que sacarlo de su pecho. Él merecía saber lo mucho que lo había empezado a querer.

Esta vez, fue a él a quien se le iluminó la cara con una gratitud que le entibió el corazón, y enseguida le retribuyó el beso con más devoción y una promesa implícita de lo mucho que la complacería al cerrar la velada.

Segundos después de recomponerse, ambos entraron al salón convirtiéndose en el centro de las miradas, deslumbrando con su presencia a todos los invitados. Carlota y cada uno de los sirvientes de la casa, entre quienes estaba Hilda, les sonrieron con miradas de aceptación y aprobación, mientras caminaban felices y tomados de la mano hacia su nuevo y prometedor futuro *juntos*.

Epílogo

Una semana después del exitoso baile de debut de la nueva duquesa de Forrester, la pareja partió hacia Londres para su planeada luna de miel. Dejaban atrás los ecos de una velada que había acallado todos los rumores y, mucho más lejos, el sombrío veredicto del ajusticiamiento de Susan Foley.

Ginebra admitió, con un matiz de amargura, que Susan también había obtenido el gran apellido que tanto anhelaba, solo para que este se convirtiera en la firma de su propio *epitafio*. Dante, con la sabiduría que da la distancia, le aseguró que la suerte de aquella mujer estaba echada desde mucho antes; no había nada que pudiera haber realizado por ella, y el hecho de no haber intervenido para testificar en su contra había sido, en sí mismo, una última y silenciosa muestra de su conmiseración.

Decidida a no dejar que las sombras empañaran su felicidad, Ginebra se entregó al asombro de descubrir el mundo. Londres la deslumbró con su inmensidad: pasearon de la mano por el bullicio comercial de Piccadilly y navegaron por el Támesis, donde el tamaño de los barcos atracados en el puerto la intimidó y fascinó a partes iguales. Para ella, todo aquello era una fantasía; para Dante, complacerla era el mayor de los deleites.

Pero su marido fue más allá y la llevó a París. La ciudad, tras haber atravesado profundos cambios sociales, se enfrentaba a una nueva era de libertad. Vibrante, acogedora y bañada por una luz especial, la capital francesa los acogió en el tramo final de una luna de miel idílica que selló su unión para siempre.

***

Cinco años después

Ginebra se hallaba sentada tras su escritorio en su despacho privado. Con movimientos precisos, colocó su propio sello en la carta que enviaría a Santa Catalina: el anuncio de la donación anual del ducado de Forrester para el orfanato. Esa era su manera de honrar sus raíces y de mantener el contacto con los pilares de su pasado, convirtiendo la caridad en su prioridad absoluta.

Dante entró en el estudio y se arrellanó en el sofá de descanso, observándola con una sonrisa cargada de adoración.

—¿Has terminado ya con tus obligaciones? —le preguntó risueño, a pesar del cansancio que asomaba en sus ojos.

—Casi. ¿Y tú con las tuyas?

—Eso quisiera... —Él se incorporó y abrió los brazos, invitándola.

Ginebra, conservando intacta su vitalidad juvenil, se levantó y fue a acomodarse en el regazo de su marido. Dante la rodeó con sus brazos y soltó un suspiro profundo, de esos que solo nacen cuando uno llega finalmente a casa.

—No sabes lo bien que me hace venir aquí.

—¿Incluso si interrumpes a tu ocupadísima esposa? —bromeó ella, provocando una risa gutural en el pecho de él.

—Me encanta hacerlo. ¿Qué te queda pendiente?

—Responderle a tu madre —contestó ella con tono jocoso.

—Ya ves que tenía razón —adujo Dante, deslizando su mano con infinita ternura sobre el abultado vientre de su esposa.

Ginebra sonrió, colmada de una felicidad que parecía desbordar la habitación. Estaba viviendo su etapa más plena; su primer bebé venía en camino y la noticia los había sumido en un estado de júbilo constante.

—Sí, se ha enterado por Carlota. Ella no pudo negarse a confirmarle la noticia —dijo Ginebra, acariciando la mejilla de Dante. Él se había dejado crecer un poco la barba, y a ella le encantaba el aire de robusta madurez que le confería.

Se besaron con ternura mientras él continuaba acariciando su vientre con devoción.

—Dudo que Carlota aprenda algún día lo que significa el decoro; por eso se mantiene como una viuda independiente —se mofó él.

—Es una viuda feliz —repuso Ginebra con una sonrisa.

—Hablando de ello, han llegado muchísimos regalos, aunque no sabemos si será niño o niña.

—Supongo que nos quedaremos con los que correspondan según el sexo.

—O nos quedaremos con todos si la suerte nos premia por partida doble —añadió él con diversión.

Ambos rieron y volvieron a besarse hasta que el mayordomo Evans llamó a la puerta. Dante le dio paso y recibió una nota que le hizo arrugar el entrecejo, aunque Ginebra no supo discernir si era por enojo o por satisfacción. El hombre se marchó y Dante guardó el papel en su bolsillo.

—¿Tienes que irte?

—¿Me estás echando? —preguntó él con una queja fingida que la hizo reír—. No, de hecho, estás de suerte esta tarde.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Porque ya no tendré que reunirme con la junta de aristócratas de Lancashire —respondió él, muy ufano.

—Entonces yo también puedo tomarme la tarde libre y responderle a mi suegra mañana —repuso ella.

Dante la abrazó con fuerza, recostándola contra su lado en el sofá.

—Esa es una jugada maestra para complacer a tu marido —festejó él.

—¿Incluso si se trata de tu propia madre? —preguntó ella con malicia.

—¿Por qué no? Ella misma se lo buscó. Pero te aseguro que vendrá ansiosa y feliz a conocer a su primer nieto —aseveró él.

No lo dudó. Enseguida se acurrucó más contra su esposo, sintiendo el latido constante de su corazón. Allí, en la calidez de aquella tarde silenciosa, los dos se entregaron a una siesta tranquila, sabiendo que, tras muchas tormentas, finalmente habían encontrado su remanso de paz.

Fin

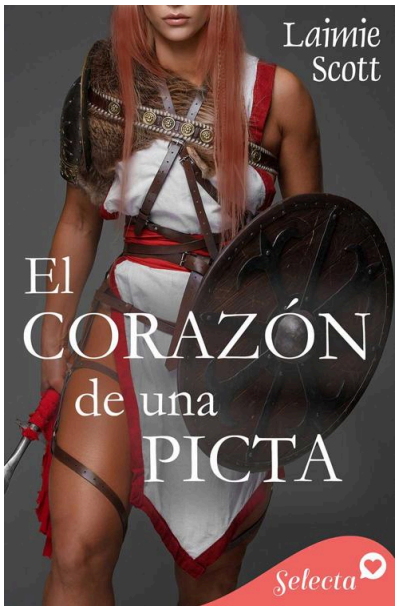
Si te ha gustado

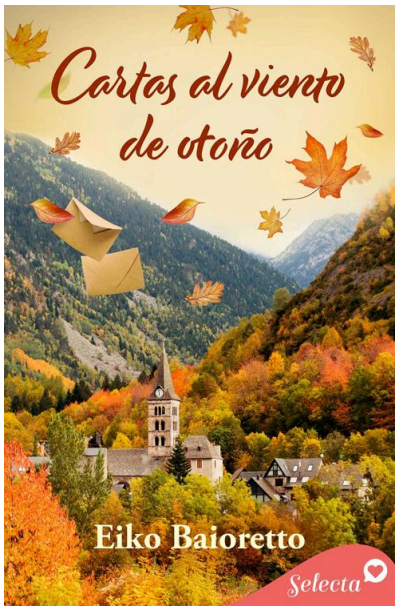
Una segunda oportunidad para Ginebra

puedes disfrutar de estas



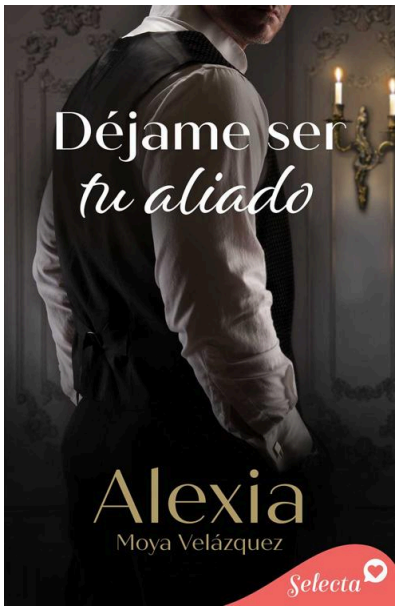



Laimie
Scott
El
CORAZÓN
de una
PICTA
Selecta


Cartas al viento
de otoño
Eiko Baioretto
Selecta


CHRISTINE
CROSS
Costuras
de
amor
Las huérfanas de Hopeless Park 4
Selecta


De todos
los veranos
MARÍA ROJO
Selecta


Déjame ser
tu aliado
Alexia
Moya Velázquez
Selecta


Berenice Andrews
Una
proposición
inusual
Selecta

Cuando una oportunidad se escapa, ¿será porque detrás viene otra mucho mejor?



Al alcanzar la mayoría de edad, **Ginebra es comprometida para casarse con lord Foley, un barón viudo y adinerado** que buscaba a una joven y devota esposa con quien llenar su solitaria vida.

Ella es huérfana y decidida a formar su propio hogar, aprovechará esta oportunidad. Sin embargo, no cuenta con **que le será arrebatada por la persona en la que ha confiado toda su vida**, y entonces se verá obligada a considerar otra propuesta.

Aunque su porvenir será tanto enigmático como e incierto, al igual

que el nombre del dueño de esta nueva oferta de matrimonio: **Lord Dante Forrester.**

Si es cierto que las segundas oportunidades suelen ser las mejores, lord Dante se convertirá en una que Ginebra no podrá rechazar.

Juliana Cartland es colombiana y nació un 11 de febrero en un bello pueblo de las sabanas de Córdoba. Es una observadora compulsiva de la vida, y de todo aquello que le pueda proporcionar las ideas que necesita para crear sus historias.

Bajo el seudónimo de Girl-chick escribe romance contemporáneo, un género con el que ha enganchado a la novela romántica a muchas personas que, desde hace más de ocho años, se han encariñado con sus historias.

Con el seudónimo de Juliana Cartland y su obra *Lecciones de amor para un duque egoísta* inicia su periplo en el romance de época.



Edición en formato digital: marzo de 2026

© 2026, Juliana Cartland
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: LoEs Servicios editoriales, Myrian Giordano
Imagen de SHUTTERSTOCK: Bogdan Sonjachnyj

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10441-88-0

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Una segunda oportunidad para Ginebra
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Epílogo
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Juliana Cartland
Créditos